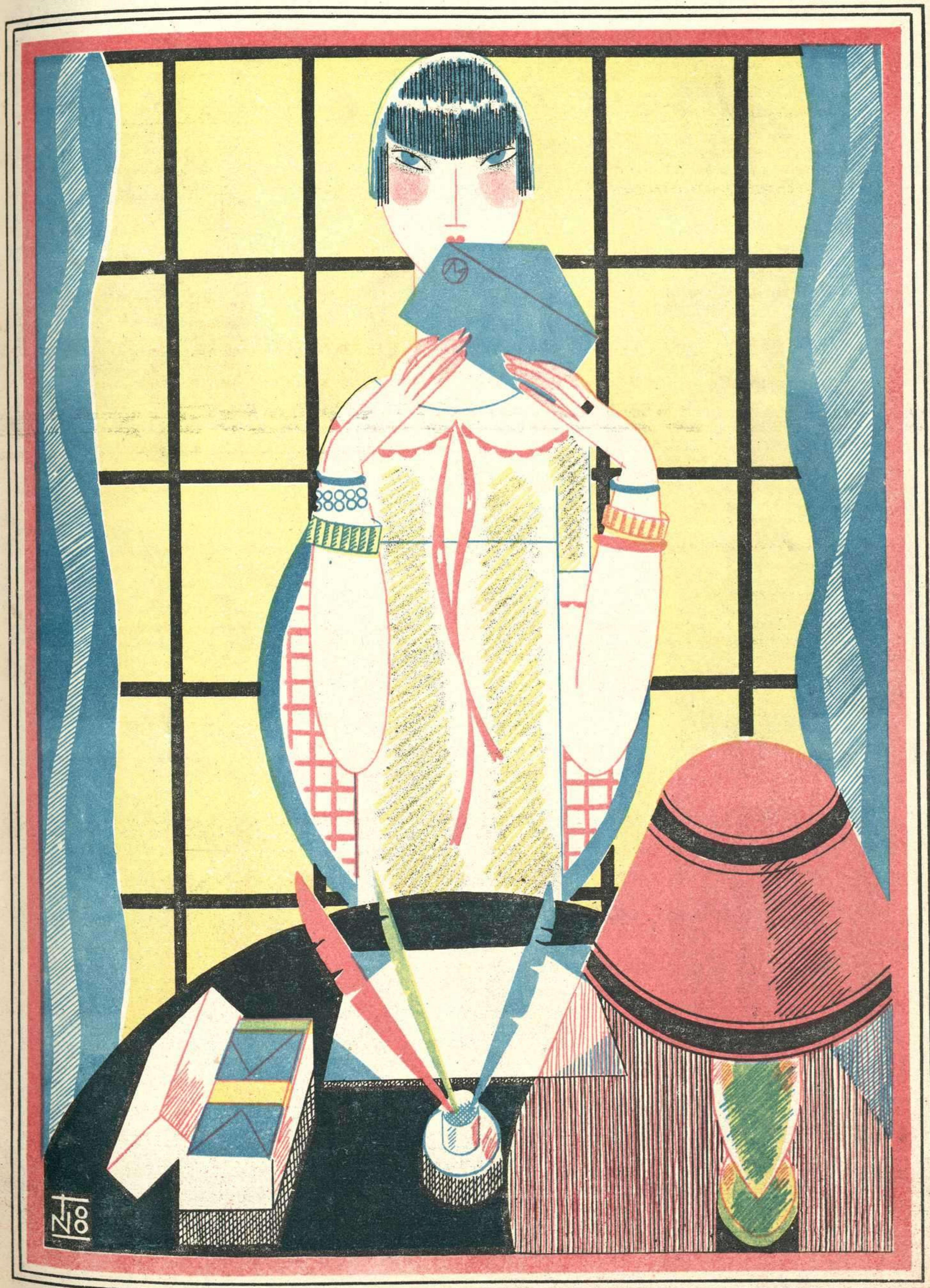


MUJER

Revista del Mundo y de la Moda

Núm. 10

50 Céntr.



Acaba de terminarse la monumental

HISTORIA DEL ARTE

EN TODOS LOS TIEMPOS Y PUEBLOS

por

KARL WOERMANN

No es posible dar al público idea, ni siquiera aproximada, de lo que es una obra como nuestra edición de la famosísima HISTORIA DEL ARTE, de Woermann, en unas cuantas palabras que el lector ha de mirar distraídamente, porque confunde en un mismo escepticismo indiferente todos los elogios de cuanto huele a «suelto de contaduría». No dicen ya nada los epítetos encomiásticos, a la vez lustrosos y deslustrados, como prendas mostrencas vestidas y sobadas por cada cual.

Nada podrá sugerir al lector una imagen tan convincente como el hojear uno tras otro los seis volúmenes de nuestra edición, y palpar, ver, sentir la riqueza, el esfuerzo, la utilidad, el encanto que suponen tantos miles de obras de Arte descritas, estudiadas y REPRODUCIDAS en las cinco mil páginas que esta obra formidable contiene.

Por eso no pretendemos que este anuncio sea exposición de méritos con ánimo de convencer a los lectores para que adquieran la obra: deseamos solamente que sea un ruego razonado al público para que busque la obra y la examine. Esto nos basta, porque sabemos lo que sucederá a toda persona cultivada que contemple la edición española de esta obra incomparable.

LA OBRA. A los peritos, nada hay que decirles. Se trata de la HISTORIA DEL ARTE de Woermann. Y ya saben lo que eso significa. A los no especialmente versados les diremos que Woermann es la máxima autoridad en el país de la máxima ciencia.

LA EDICIÓN ESPAÑOLA. Evitemos adjetivos. Enumeremos hechos solamente. Nuestra edición contiene más del doble de las ilustraciones contenidas en la edición alemana.

Damos, pues, ese mismo libro de ciencia, célebre en todo el mundo; ese guía siempre enterado, siempre ordenado, siempre claro y seguro; esa enciclopedia de Arte, arsenal inagotable, archivo copioso y completísimo, donde de cada cuadro de Madrid, de La Haya, de Amberes, de Leningrado; de cada escultura de Atenas, de Munich, de París, de Florencia; de cada monumento de Italia, del Japón, de Rusia, de Inglaterra, de España, de la India, encontrará la nota justa, la apreciación exacta, la referencia cabal. Damos, sí, todo eso que ha sido la razón del éxito y del prestigio de la edición alemana; pero nosotros a todo eso le hemos añadido la fotografía de muchísimos de esos cuadros, de muchísimas de esas esculturas, de muchísimos de esos monumentos, reuniendo un conjunto de asombrosa riqueza no igualado por ninguna otra obra similar del mundo entero. Nuestra edición es un alarde honroso para el país donde se ha hecho; es como síntesis de todos los museos, como guía ilustrada de todos los viajes.

Woermann abarca en su obra todos los aspectos del Arte, incluso los novísimos, y por supuesto los del Arte español, que conoce por visión directa y que le inspira particular entusiasmo. Pero Woermann es alemán, y obedece a la ley invariable que impulsa a los autores a dedicar preferente atención y mayor espacio al arte de su país.

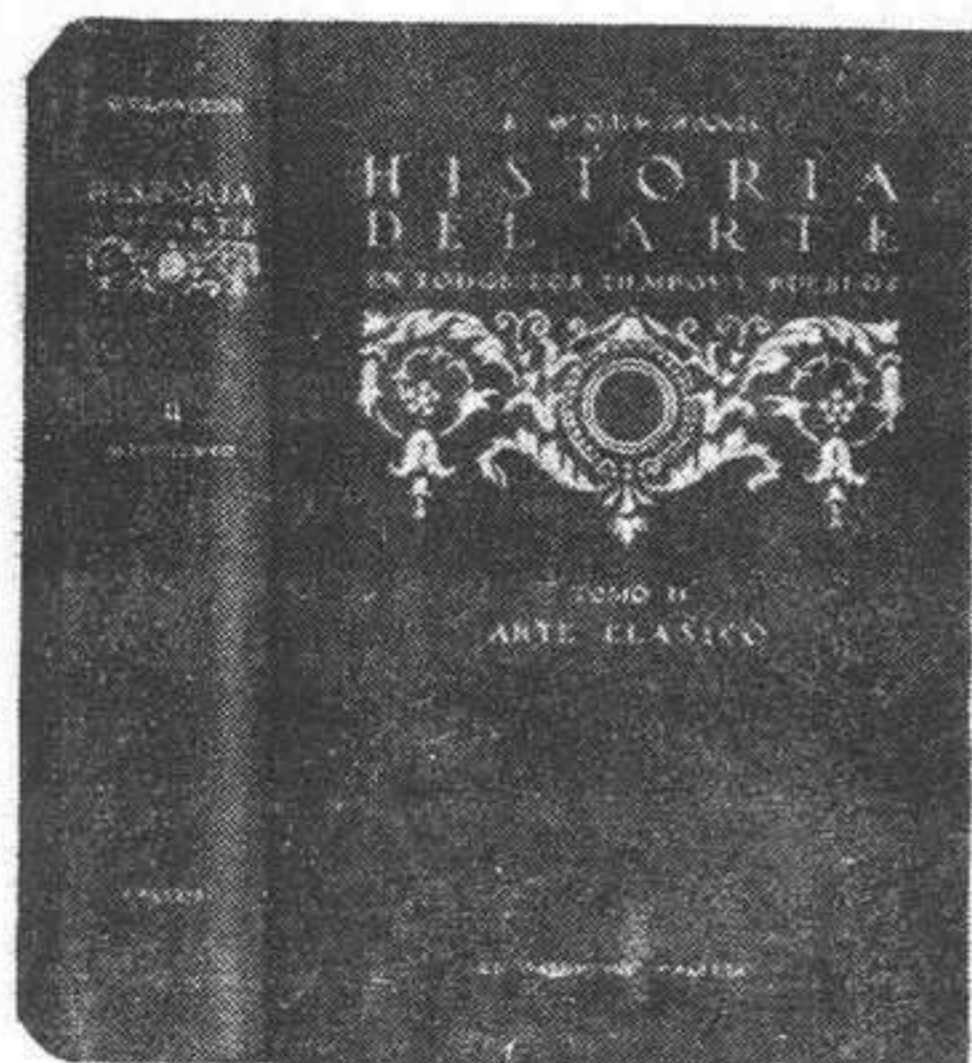
En nuestra edición, el mismo Woermann ha condensado, a ruego nuestro, ciertos estudios relativos principalmente a los aspectos menos interesantes del arte alemán, y nosotros hemos llenado ese espacio —y muchísimo más— con tres capítulos especiales sobre la Arquitectura, la Pintura y la Escultura en España durante el siglo XIX y los años transcurridos del XX. Estos capítulos no sólo son nuevos en la HISTORIA DEL ARTE de Woermann, sino que son el primer estudio de conjunto publicado sobre el Arte español moderno y contemporáneo. Su ilustración en esta parte, más rica que en ninguna otra de la obra, es colección única también, no sólo por la cantidad, sino por la calidad de las obras reproducidas.

Con igual largueza y con no menos esmerada selección hemos añadido todo cuanto más importante y señalado ha producido el arte francés nuevo y novísimo y muestras suficientes de los otros países. No podemos menos de repetir aquí al lector que no se atenga a nuestras palabras: que juzgue por sí mismo examinando la obra. **En todas las librerías importantes puede encontrarla. Desde pueblos donde no la hubiese se nos puede pedir, y nosotros enviaremos con el mayor gusto un tomo de muestra sin compromiso de adquirirla.**

Lo indicado son ejemplos, que no enumeración completa de las mejoras introducidas en nuestra edición. En ella encontrará el lector incesantemente notas aclaratorias, información española complementaria, apéndices especiales, como el que en el tomo I se dedica al Arte rupestre en España, o el que en el tomo II se ocupa de la Arquitectura romano-española, etc., etc.

LAS ENCUADERNACIONES. La HISTORIA DEL ARTE de Woermann es la obra para todos. Ninguna otra puede más indiscutiblemente blasonar de serlo. Pero entre todos hay gustos dispares y apreciaciones distintas. Por eso hemos hecho de la obra tres distintas encuadernaciones, orientadas hacia sendos grupos de lectores. Todas son finas, selectas, dignas de la obra incomparable que cobijan. Sus precios se acomodan también a una escala gradual; y todos son asequibles a cualquier presupuesto, ya que cualquiera de las tres ediciones se vende a plazos en condiciones cuya comodidad apreciará quien solicite el prospecto especial que remitimos gratis.

ENCUADERNACIÓN
EN TELA INGLESA
CON ESTAMPACIÓN EN ORO

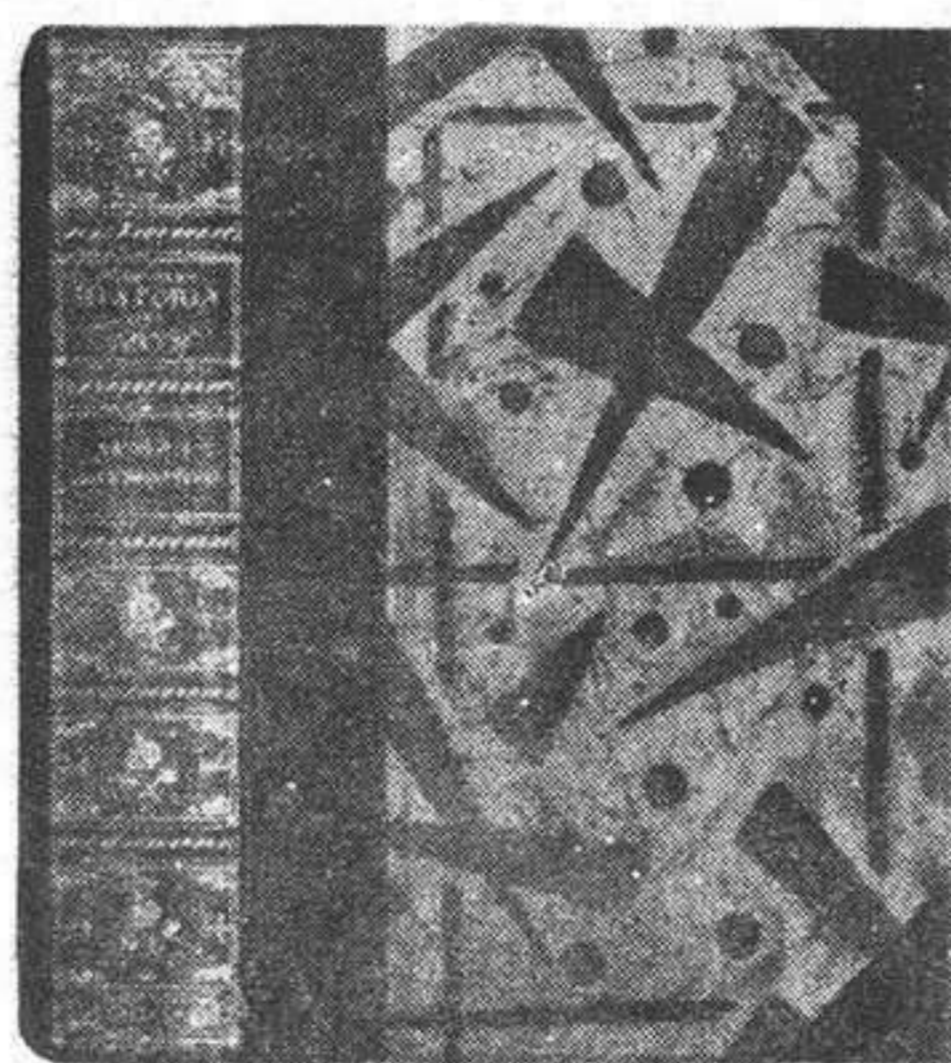


Elegante, sólida, barata,

esta encuadernación en tela es la adecuada para quienes necesitan armonizar su deseo de adquirir obra tan monumental con las exigencias de un presupuesto reducido.

Precio al contado:
PESETAS 250 PESETAS
Precio a plazos:
La obra completa
PESETAS 275 PESETAS

ENCUADERNACIÓN
EN MEDIO CHAGRÍN

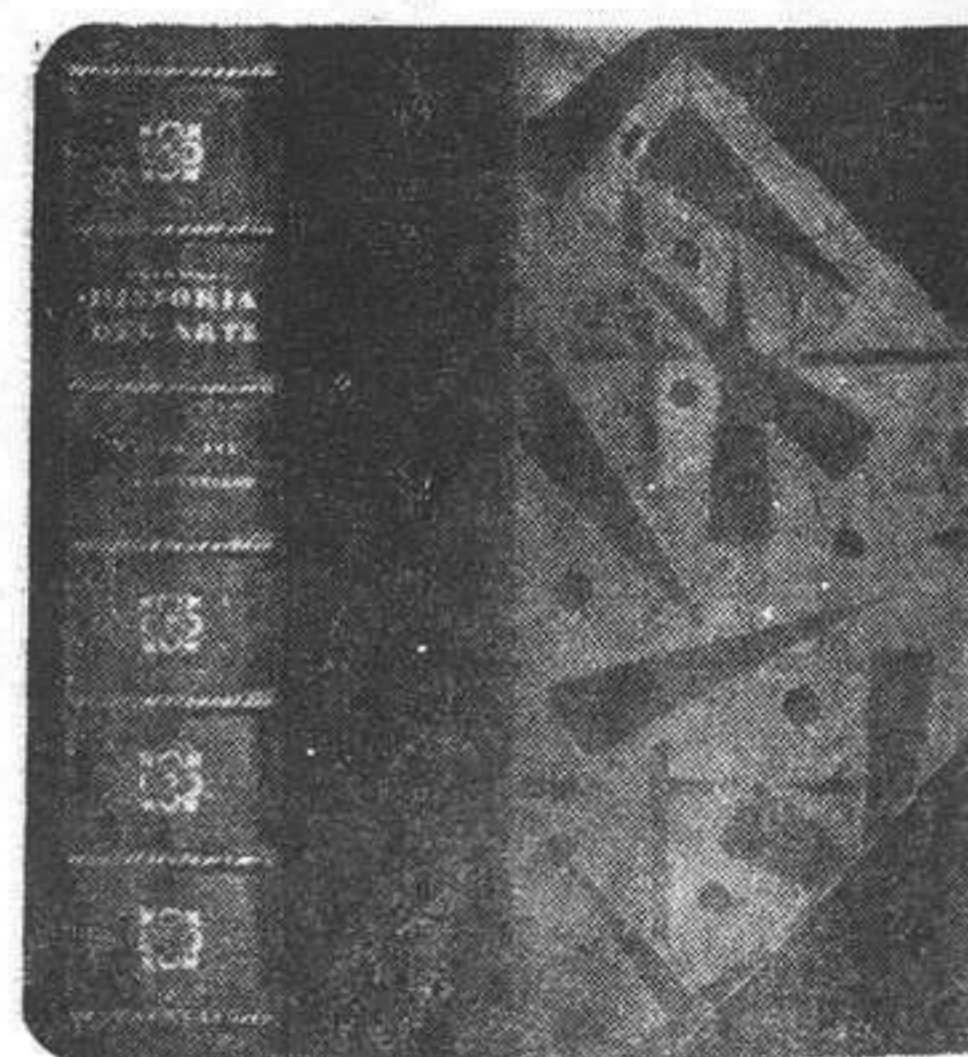


Encuadernación de lujo

con planchas inspiradas en el insuperable arte del libro en el siglo XVIII. Quien adquiera esta encuadernación comprará a la vez la mejor Historia del Arte y una rica obra de arte.

Precio al contado:
PESETAS 300 PESETAS
Precio a plazos:
La obra completa
PESETAS 350 PESETAS

ENCUADERNACIÓN
EN CHAGRÍN FINO



La encuadernación de bibliófilo.

Suntuosa y señorial. Ornato de una biblioteca, esta edición da tono y carácter a un despacho como una serie de viejos grabados auténticos o de magníficas porcelanas.

Precio al contado:
PESETAS 350 PESETAS
Precio a plazos:
La obra completa
PESETAS 400 PESETAS

MUJER

Revista del Mundo y de la Moda

PUBLICACIÓN SEMANAL

NÚMERO 50 CÉNTIMOS

Miércoles 28 Octubre 1925

Año I.—Núm. X.

Administración, cierre y talleres: SAN SEBASTIÁN

Administración, correspondencia y suscripciones: MADRID. APARTADO 447

EDITORIAL "SATURNINO CALLEJA", S. A. Calle de Valencia, 28

SUSCRICIÓN: ESPAÑA Y AMÉRICA: Año, 23 pesetas. Semestre, 12 pesetas :: OTROS PAÍSES: Año, 35 pesetas
CON SUPLEMENTO EN COLORES, 0,25 pesetas más al mes.

visitas
de mujer



Blanquita de Borbón



A princesa está risueña...

Está siempre risueña esta princesita rubia, de ojos azules y perfil florentino, cuya belleza es ya proverbial en la alta sociedad española.

Está siempre risueña, y su alegría no es el atolondramiento afectado de las mujeres que «se las dan» de

niñas, ni la petulancia insoportable de las que confunden los nervios con la feminidad.

La animación de Blanquita de Borbón es esa alegría de algunos seres privilegiados, que empieza en la inocencia infantil, prosigue en la dulzura de la mujer y perdura en la serenidad del pelo blanco; es la alegría



luminosa que embellece la vida en torno suyo, y, siendo risa, es silencio y es paz.

Acurrucada en un mullido diván de su gabinete —este gabinete que forma, con su alcoba, en el palacio de los príncipes de Borbón, un refugio encantador de buen gusto y de intimidad—, Blanca me sirve el té con los gestos de gatita mimosa que la caracterizan.

Y afirma:

—No encontrará usted nada que decir de mí; no soy nada interesante.

¡Nada interesante! No puedo menos de sonreír:

—Bueno —digo—; entre otras cosas «sin interés», me agradaría que me explicase cuál es el parentesco que la une con el Rey.

—Es muy sencillo; mi abuelo era el infante D. Enrique, hermano del Rey D. Francisco; mi padre, era por lo tanto, primo hermano de Alfonso XII.

—¿Tiene usted muchos hermanos?

—De su primer matrimonio, mi padre tiene cuatro hijos: el duque de Sevilla, la marquesa de Villamantilla, la señora de Olra María, que vive en Nueva York, y José, que, por su heroísmo en la campaña de Africa, es teniente coronel a los treinta y cuatro años. De su segundo matrimonio, con mi madre, mi padre tiene otros tres hijos: el marqués de Balboa, el marqués de Squilache —que acaba de casarse, hace un año, con María Luisa Caralt, una muchacha bellísima, elegantísima y simpatiquísima, a la que todos adoramos— ... y yo.

—Pues ya que hemos llegado a usted, hablemos de usted.

Protesta vivamente:

—¡Pero si de mí no hay nada que hablar! Ya ve usted, yo de nada puedo presumir: ni escribo, ni pinto, ni...

Reflexiona un instante, y luego:

—Es decir, sí; presumo de tener el padre más bueno del mundo, la madre más adorable y los hermanos encantadores. ¡Ah!, y presumo de española; porque más para mí no hay nada en el mundo como España, y de España, lo mejor es Andalucía, y de Andalucía...

—¿Granada?

—¡Precisamente!

Y nos reímos de esta gentil profesión de fe, a la cual la voz musical, matizada con un pronunciado acento andaluz, de mi interlocutora, presta una gracia especial. Y añade:

—Se me olvida que también presumo de tener un cuarto agradable. ¿Qué le parece a usted mi cuarto?

—Me parece —pero acaso contribuye a ello su compañía— que en ningún sitio se puede estar más agradablemente que aquí.

—Así me lo parece a mí también. Cuando voy a alguna fiesta, en medio del ruido, las luces y la animación, sucede casi siempre que me pregunte —siempre no, porque a veces lo paso muy bien—: «¿Y para esto he abandonado yo mi cuarto, donde estaría tan a gusto?»

—Por lo que veo, ¿es usted muy casera?

—Mucho; si pudiera ser, yo creo que no saldría nunca, que me estaría siempre metida en esta casa, en la que he nacido y donde paso horas deliciosas, charlando interminablemente con mamá.

—Entonces, ¿no le gustará viajar?

—Estar en el tren o en el *auto* no me gusta nada; pero me encanta ver países nuevos. Así, estoy entusiasmada con el proyecto que tenemos papá, mamá y yo, de irnos los tres este invierno a recorrer Italia.

—Y en Madrid, a pesar de su afición a estar en casa, practicará deportes, ¿no?

—No; ninguno.

—¿No le gustan?

—Sí, me gustan mucho... en las demás. Así, voy todas las tardes al *golf*, y allí me estoy sentada, viendo jugar a mis amigos y contemplando el paisaje, que es precioso por allí.

—Y el teatro, ¿le gusta?

—Sí; pero prefiero el *cine*.

—¿Qué género de películas son sus predilectas?

—Los dramones norteamericanos, con tal de que el protagonista no sea un hombre bonito; aborrezco los hombres bonitos, me molestan; el hombre debe solamente ser... hombre.

—¿Tiene usted un ideal de vida?

Queda en suspenso un instante, y la expresión risueña de sus ojos azules se profundiza; luego dice lentamente, con una gravedad conmovedora, inusitada en ella:

—No lo había pensado nunca; pero, la verdad, me parece que mi ideal es verme rodeada de mi familia y verlos a todos contentos.

A pesar de que Blanca de Borbón presume un poquito —¿me perdonará esta censura a su excesiva modestia?— de ser inculta, pregunto:

—¿Lee usted mucho?

—Aigo, sí, naturalmente, sobre todo libros de historia; no me cansaría de saber detalles de la historia de mi país. Novelas, leo pocas, si acaso, francesas, las de Bourget; españolas, las de Ricardo León.

Ha entrado, en este punto de nuestra conversación, un joven de aspecto inteligente y simpático: es José Antonio Primo de Rivera, el hijo mayor del presidente del Directorio; se sienta, comparte nuestra «comidita» y pregunta:

—¿Qué tal va esa interviú?

Y, puesto al corriente de las aficiones literarias de la princesita, dice cosas muy justas y sutiles respecto de la afición femenina por las novelas de Ricardo León, así como del estilo de Eugenio d'Ors y otros escritores modernos:

—Xenius es amigo mío, y yo también le admiro —dice Blanca—, pero confieso que no siempre le entiendo...; ¡como yo no presumo de culta!

—Pues ahora —digo yo—, no va usted a tener más remedio que presumir de algo, pues ha llegado el momento de hacer la consabida pregunta acerca de la profesión que escogería usted si tuviera que ganarse la vida.

El hijo del marqués de Estella, gran lector de MUJER, por lo visto, afirma conocer todas las «Visitas» anteriores a ésta, y recuerda algunas:

—Cristina de Arteaga —dice— se dedicaría al teatro...

—¡Uy! —exclama Blanca asustada— a mí me faltaría valor.

—Belén Argüeso sería enfermera o doctora en Medicina...

—¡Qué horror! ¡Con lo que me impresionan las heridas y las enfermedades!

—María Rosa Cayo del Rey pondría un taller de costura...

—Pues por ese camino me parece que iría yo también. Es decir, que me gustaría mucho dirigir un establecimiento en que se hiciesen toda suerte de objetos de vestuario femenino y de decoración de interiores: trajes, sombreros, bolsillos, cojines, pantallas, etc., etc... Amueblar y arreglar casas me encantaría.

—Pero un establecimiento así —insinúa maliciosamente— cuesta caro de instalar. ¿Y si carecía Ud. en un principio de recursos económicos?

—¡Oh!, empezaría muy modestamente, haciendo sombreros baratitos —contesta Blanca de Borbón con un gracioso mohín de desenfado.

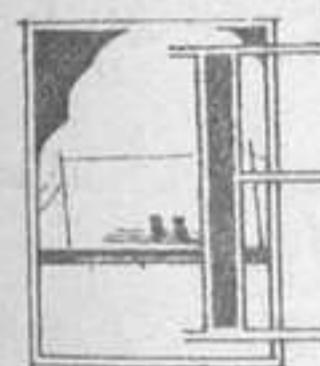
¿Cuánto tiempo llevo ya en este ambiente tibio, a la luz discreta de estas lamparitas dispuestas en cada rincón, oyendo la voz singularmente musical de mi exquisita interlocutora, y su risa fresca y juvenil? No lo sé. ¡Tan sin sentirse transcurren las horas apacibles!

Al abandonar el palacio de los príncipes de Borbón, me separo con sincera pena de esta criatura monísima, princesita de cuento infantil, princesita de ojos azules y perfil florentino, blanca princesita, princesita Blanca...

EL TESORO

Cuento

por Concha Espina



El matrimonio ganó con lentitud la cuesta que terminaba junto a los tapias altísimos de una finca, en el suave alcor que otea la marina.

Era él un joven de gafas doctorales, que ponían sabio matiz, muy entonado, a su rostro adolescente. Y hablaba con la esposa —forastera en la villa, que visitaba por primera vez—, adoptando un ligero empaque pedagógico, guiándola a través del solar nativo con doble orgullo: el de mostrar a su mujer las maravillas de su pueblo y el de mostrar al pueblo la belleza de su mujer... Tramontada la pendiente, se alejaron las últimas casas, desde donde habían atisbado miradas curiosas el paso de los jóvenes.

Quedaron éstos un instante mudos y atónitos. No supieron si el mar se levantaba hacia los cielos, o si la tierra se hundía bajo sus pies... El paisaje se abrió inmensamente, y toda la ribera se encendió con la luz humilde y devota del Norte. El pequeño puerto de pescadores, la playa y el pinar, el cementerio..., todo parecía tener una recóndita compunción, que unía en el mismo hálito fabuloso el prestigio arcaico de la ruina que es el camposanto, con el moderno trajín de la almotacenia.

Quedaron, al cabo, prendidas sus miradas, con extraña sugestión, en la fábrica vetusta del cementerio, que espejaba en el mar su efigie quieta, por verde pedestal una colina, melancólica sombra de otros siglos que calla su leyenda sin romance. Huella, que el tiempo asolador devora, de aquella iglesia erguida en la ribera que elevaba su torre hacia las brumas como flecha en un arco de sillares. Oculta el hondo lazo de la muerte y la vida, dando tierra al dolor en su seno. La moderna escultura blanca de un ángel, rendida al hechizo de esta belleza desolada, remontó el ribazo para escrutar desde un paredón mutilado, en el silencio fascinante de las tumbas.

«Esa ruina tiene una historia muy interesante» —dijo el joven. Y añadió, con tono levemente magistral: «Cuando era un hermoso templo, fué teatro de un suceso que hizo mucho es-

cándalo en la comarca, y aunque no ha quedado, que yo sepa, relato alguno en documentos de la época, ha llegado hasta nosotros, como tradición oral, una versión que yo mismo he oído de labios de viejos marineros... Eran los tiempos del saco de Roma por los mercenarios tudescos del Condestable, dos años antes de que pusiera sitio a Viena Solimán...»

La joven sonrió con infantil expresión de curiosidad. Era morena, fuerte, alta. Hacía un raro contraste con el aspecto delicado de su marido. Su temperamento, apasionado y vehementemente, ponía un penacho de rara vitalidad en el espíritu sensible, mesurado, un poco arbitrario, del joven. Muy intrigada por las palabras sugeridoras, puso una súplica cariñosa en la pausa del histórico relato:

«Vamos a sentarnos al pie de esta cruz» —dijo.

Entronizada por celeste gracia en aquella alta costa española del mar de Castilla, una cruz de piedra abría la dádiva eterna de sus brazos. Formaba parte de un *Vía crucis* marino, puesto con piadosa unción frente a las olas por el humilde gremio de mareantes.

Allí, al calor del cariño humano, bajo el amparo tácito del amor divino, dijo el joven, con ensoñado acento, la remota evocación...

□ □

«Con la sucia horda de facinerosos alemanes que impuso al Condestable el saco de Roma, iba un capitán español, según don de noble familia burgalesa, que se llamaba don Julián García de Mendoza. Era hombre forzado como un toro; pero no de condición apacible, como suelen ser los héroes, sino irascible, violento y cruel. Cuentan que a incitación suya, sobre todo, se debe la imposición villana de la ruda tropa y los salvajes desmanes de la soldadesca ebria de vino y de sangre.

No habían pasado tres años de aquel horrible episodio cuando se presentó don Julián en la villa, donde fincó con mucho fasto y arrogancia después de unirse en matrimonio (ya grises los cabellos, aunque todavía recio y de buen ver) con una dama pobre y linajuda, de deslumbrante belleza. Cuenta la tradición que se llamaba doña Mencía...



Hizo construir el segundón la más espléndida casa solariega de estos contornos; adquirió mucha tierra y se preparó a disputar influencia y prerrogativas al antiguo linaje de los Sánchez de la Torre, de inmemorial abolengo y prestigio en la comarca.

Pronto llegó a hacerse insufrible su actitud a los puntillosos hidalgos de la villa, y con ellos hizo causa común el humilde gremio de marineros en ocasión del suceso memorable, legendario casi, que dió origen a esta tradición y fué prueba ejemplar de ese orgullo montañés, tan indomable y entero, que ha merecido los honores de la sátira...

Como el dinero ha sido en todo tiempo —y no lo era menos en la época austera de nuestro relato— argumento irrefutable, llave secreta, escala misteriosa..., había logrado don Julián García de Mendoza, con su oro, sabiamente repartido entre poderosos cortesanos, reales nombramientos y atribuciones, que dándole relieve, aumentaron su influencia y hasta justificaron sus arbitrariedades. Fué acaso la más audaz de éstas el pretender ocupar puesto preeminente en el ámbito sagrado de la iglesia parroquial durante los oficios divinos, caso insólito entre aquellos hidalgos tan altivos y tan demócratas. Mantuvo su pretensión a pesar de prudentes advertencias que le hicieran sus deudos, y como la apoyase en supuestos derechos que había conseguido refrendar legalmente, surgió el conflicto con caracteres dramáticos y con tenaz obstinación por ambas partes. «En la casa de Dios no hay preferencias para nadie», decían los hidalgos de la villa, a quienes hacían vehemente coro los rudos pescadores del cabildo. Y sin algarada, con trágica solemnidad, tomaron todos la decisión de abandonar el templo en donde, en nombre de una ley que ellos no reconocían, se intentaba violar una costumbre que, para mayor afrenta, era doblemente sagrada.

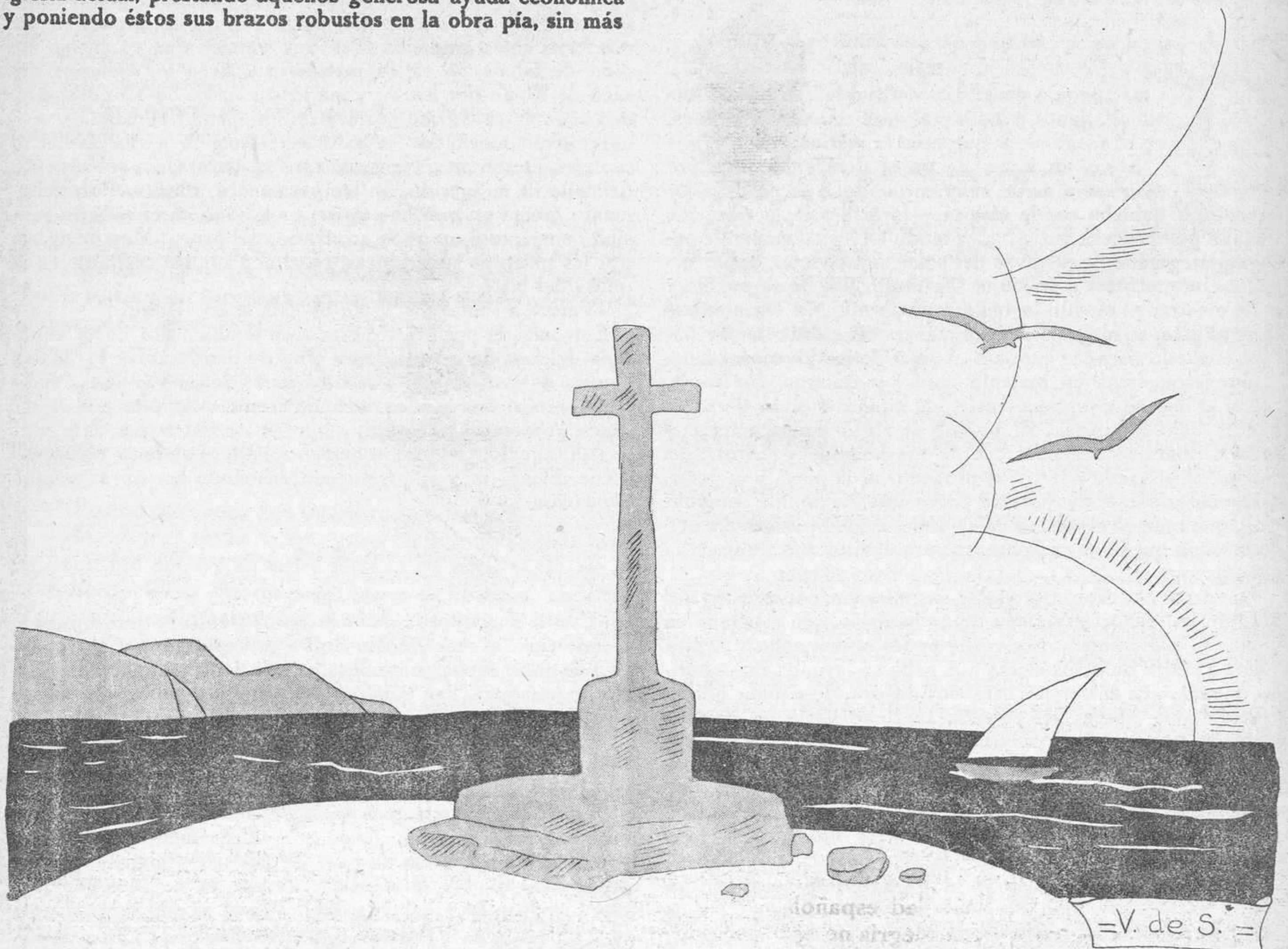
Y al arrullo fiero del cántabro mar, se abrió en la costa un altar bajo el sol, como una flor mística. El templo derrumbóse con los siglos y cayó, ya sin pecho, su pétrea coraza. Lo que ahora vemos son sus restos, conservados piadosamente y convertidos en camposanto, restos que son testimonio vivo, aún hoy, de uno de los más bravos gestos de la raza. Entre los hidalgos de la villa y el gremio de mareantes construyeron la iglesia actual, prestando aquéllos generosa ayuda económica y poniendo éstos sus brazos robustos en la obra pía, sin más

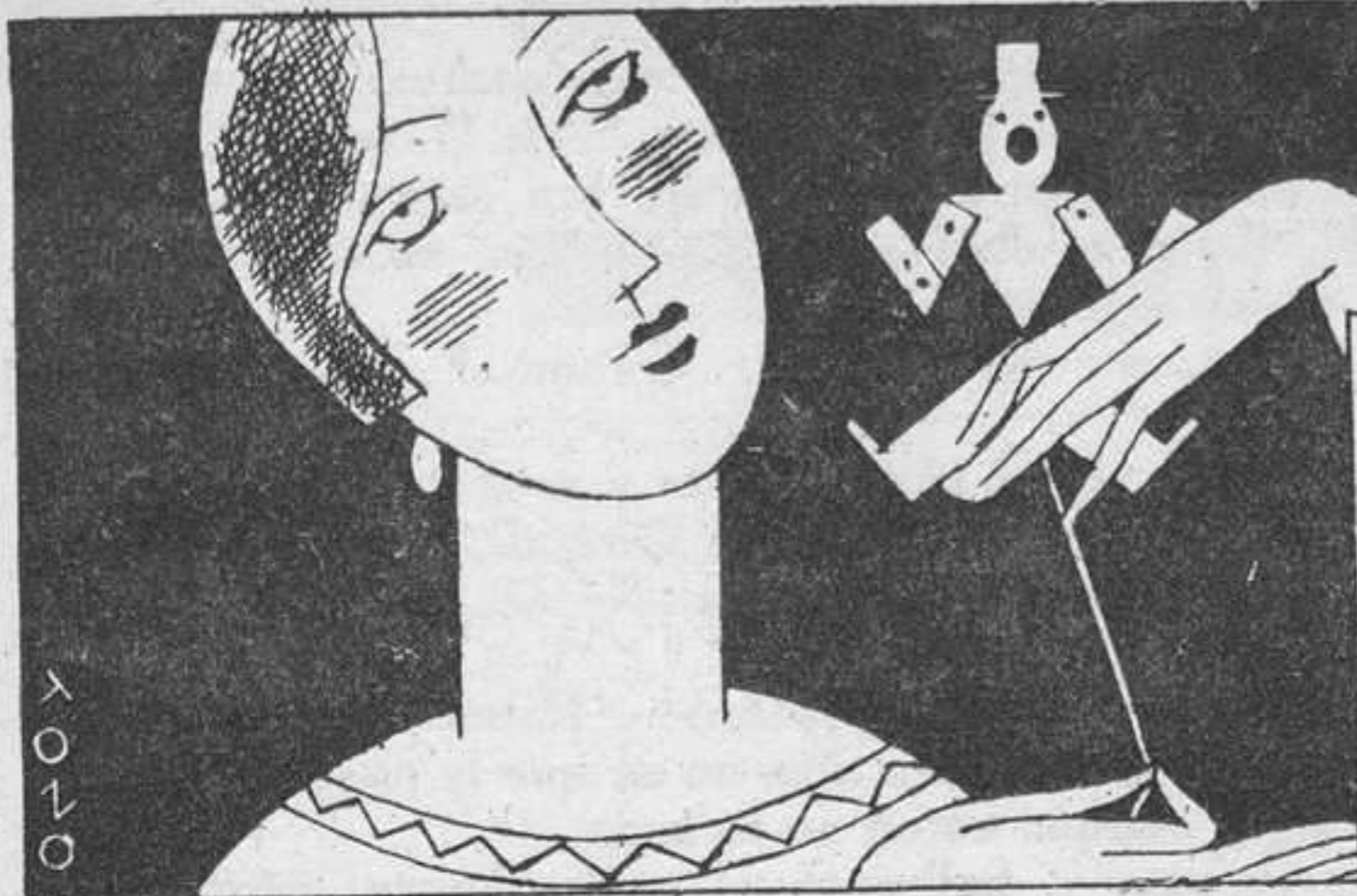
acicate que su recia fe de cristianos viejos y su orgullo formidable de montañeses.

Malos tiempos vinieron para el soberbio culpable. No habían pasado muchos años de la memorable decisión de la villa frente a su alarde insensato, cuando se supo la llegada de un extranjero misterioso, que coincidió con la de dos funcionarios venidos de la Corte con delicada misión y poderes ilimitados. A las pocas horas se reunían los tres en casa de don Julián García de Mendoza. Nunca se supo lo que ocurrió dentro de la magnífica mansión; pero aquella misma noche, una noche templada y clara de junio, cruzó su atrabiliario dueño bajo el arco de su portalada para no volver a entrar por ella jamás...

De entonces data la leyenda del tesoro, que no tiene la evidencia histórica que la tradición del templo abandonado posee de manera patente, pero que la completa y viste de encanto y maravilla. Cuentan que el extranjero misterioso era nada menos que un enviado del Papa, que traía testimonios fehacientes de la culpabilidad de don Julián en el robo del tesoro sagrado de una iglesia romana, durante el saqueo de la Ciudad Eterna por la soldadesca del Condestable. Pero el tesoro trajo una maldición que estaba por encima de toda humana rebeldía... Desapareció el culpable sin dejar descendencia, y la espléndida casa solariega, deshabitada durante siglos, se hundió sin dejar la huella de una ruina. Sólo el sitio en que estuvo se conoce. Doña Mencía no sobrevivió a su desgracia y murió poco después, acogida en caridad por sus parientes.

Andando el tiempo, un indiano compró el terreno donde se levantó orgulloso el antiguo solar de García de Mendoza y construyó una casa y un jardín, dando a la finca, por extraño capricho, el nombre de *El Tesoro*... —Esa es...— añadió el el joven, al fin ya de su relato, que su mujer había escuchado en religioso silencio—. Nadie sabe lo que ha sido de su dueño. La casa está deshabitada y ruinoso y detrás de esas tapias crece un bosque de maleza....»





MONINA

NOVELA

POR

CYR

(Continuación.)

—Me alegro de que conozca usted al señor de Bernés; así no se aburrirá usted tanto esta noche.

—¿De modo que con los demás no hay que contar para divertirse?

—¡Oh, no! Los otros son..., desde luego, los La Balue...

—¡Diantre, son tremendos! ¿Y sus niños, ya habrán empezado a crecer?

—Y hasta concluido. Luis tiene veintitrés años y Gisela veintidós.

—¿Qué tal son?

—El presume de hastío general... No siente ya hambre, ni sed, ni sueño. No le gusta nada, todo le aburre. Y luego no es verdad, ¿sabe usted? No falta a un baile; y cuenta su hermana que se levanta de noche para comer de tapadillo. Hace versos ridículos y cuadros como los versos. Y música, además; pero ¡qué música!

—¿Y la hermana?

—Tiene de masculino tanto como su hermano de femenino. Caza mucho con escopeta y a caballo. Sueña con tener equipo para ojear ella misma los ciervos..., y con casarse con un oficial.

—Debe pensar en Huberto, ¿no?

—¿Qué Huberto?

—El pequeño Barnés.

—¡Ah, sí!... No, no creo. Por lo menos, él no se ocupa de ella.

—Porque se ocupa de usted, como los demás, ¿verdad?

—Ni mucho menos.

El señor de Clagny se encogió de hombros.

—¡Como si lo viera!

—No me quedan ya más que tres convidados que presentarle —prosiguió Monina, tratando de desviar la conversación—. Los Juzencourt, gente de boato, que han comprado los Pinos, y una de sus amigas, que ha venido a pasar un mes con ellos, una viudita deliciosa: la vizcondesa de Nezel.

—¡Calla! —dice el conde haciendo un movimiento brusco—. ¿La señora de Nezel? Entonces, ¿Juan de Blaye está aquí?

Dionisia abrió mucho sus enormes ojos claros y dijo:

—Sí, Juan está aquí; pero, ¿qué relación?...

—¡Ninguna... ninguna! —afirmó vivamente el señor de Clagny.

Y tras un momento de silencio, preguntó:

—¿Sigue bonita la señora de Nezel?

—Muy bonita.

—¿Tanto como usted?

Monina se sonrió.

—¿Por qué se burla usted de mí? Sé muy bien que no lo soy yo.

—A mi vez, querida Monina, pregunto yo a usted por qué se burla de un viejo amigo que la admira de todo corazón. Y que no es él solo, desgraciadamente.

—¿Por qué, desgraciadamente?

—Pues porque cuando se admira y cuando se ama se quisiera ser solo en admirar o en amar. La amistad es celosa y egoísta.

Monina preguntó gozosa:

—Bueno..., veamos cuánto...: tres horas...

¿Desde hace tres horas que nos conocemos ya siente usted amistad por mí?

El señor de Clagny respondió serio, casi emocionado:

—¡Mucha!

—¡Tanto mejor! porque yo también le quiero mucho...; ¡pero mucho, mucho!

Y como si hablase consigo misma, añadió:

—Me había formado

de usted una idea bien diferente; me le figuraba muy otro.

—¿Más joven? —dijo él tristemente.

—Al contrario. Me lo representaba como un amigo de mi abuela. Mi abuela decía siempre «mi viejo amigo Clagny»... ¡Y claro! cuando lo he visto me he quedado sorprendida.

—¿Por qué?

—Porque me ha hecho el efecto de no tener usted más que... no lo sé muy bien... cuarenta años quizás... en fin, algo así como Pablo de Rueille... Además, es usted mucho más guapo... Y a mí me gusta que se sea guapo.

—¡Su primo de Blaye sí que lo es!...

Ella pareció querer recordar.

—¿Juan? ¿Tanto le parece? A mí no me hace ese efecto. Ya sabe usted que viviendo juntos acaba uno por no notar...

—Yo estoy en que a él no le pasa usted inadvertida...

—¿Que no? ¡Ya lo creo! No me ve tanto como usted se figura. Me quiere bien porque me he quedado sola a los diecisiete años, y entonces, cuando mi abuela me recogió como a un perrillo perdido, para traerme a su casa, todos se han interesado por mí y me han hecho buena acogida. Me convertí en la Monina a quien se cría y se mimaba, a la que se disculpa todo y que no hace más que su voluntad.

—¡Y tiene razón la Monina! Es lo único que tiene la vida de bueno: hacer su voluntad, cuando se puede.

—Se puede siempre —dijo ella, hablando como si no se diera cuenta de que hablaba. Luego, dirigiéndose hacia la ventana:

—¡Vamos, ya están aquí los Tourville! ¡Y la abuela sin bajar!

Salió al encuentro de una señora llamativamente vestida, a quien seguía un señor de físico vulgar, afectada compostura y aspecto exageradamente *snoob*.

Monina presentó: «El conde de Clagny..., el conde de Tourville...»

Y en cuanto la marquesa entró, bella aún en la nube de encajes que la envolvía, reanudó su charla con el señor de Clagny.

—¿Qué tal encuentra usted a los Tourville —le preguntó.

—Los encuentro mal. Quien está muy mejorado es Enrique de Bracieux. No llega todavía a su primo; pero todo se andará.

—¿A qué primo?

—A de Blaye.

—¡Todavía! Le ha dado a usted por la belleza de Juan.

—No con la belleza..., no es esa la palabra. Pero es muy interesante... si usted lo permite.

—Lo permito.

—A propósito, ¿quién es un buen mozo que he encontrado hace un momento al extremo del paseo?

—¡Vaya usted a saber! ¡Como no sea el profesor de Pedrito...! Pero no es tan buen mozo como usted dice.

El conde de Clagny extendió la mano, y dijo:

—¡Ahí le tiene usted!

—¡Ah! —dijo Monina sorprendida—, ¡el mismo!

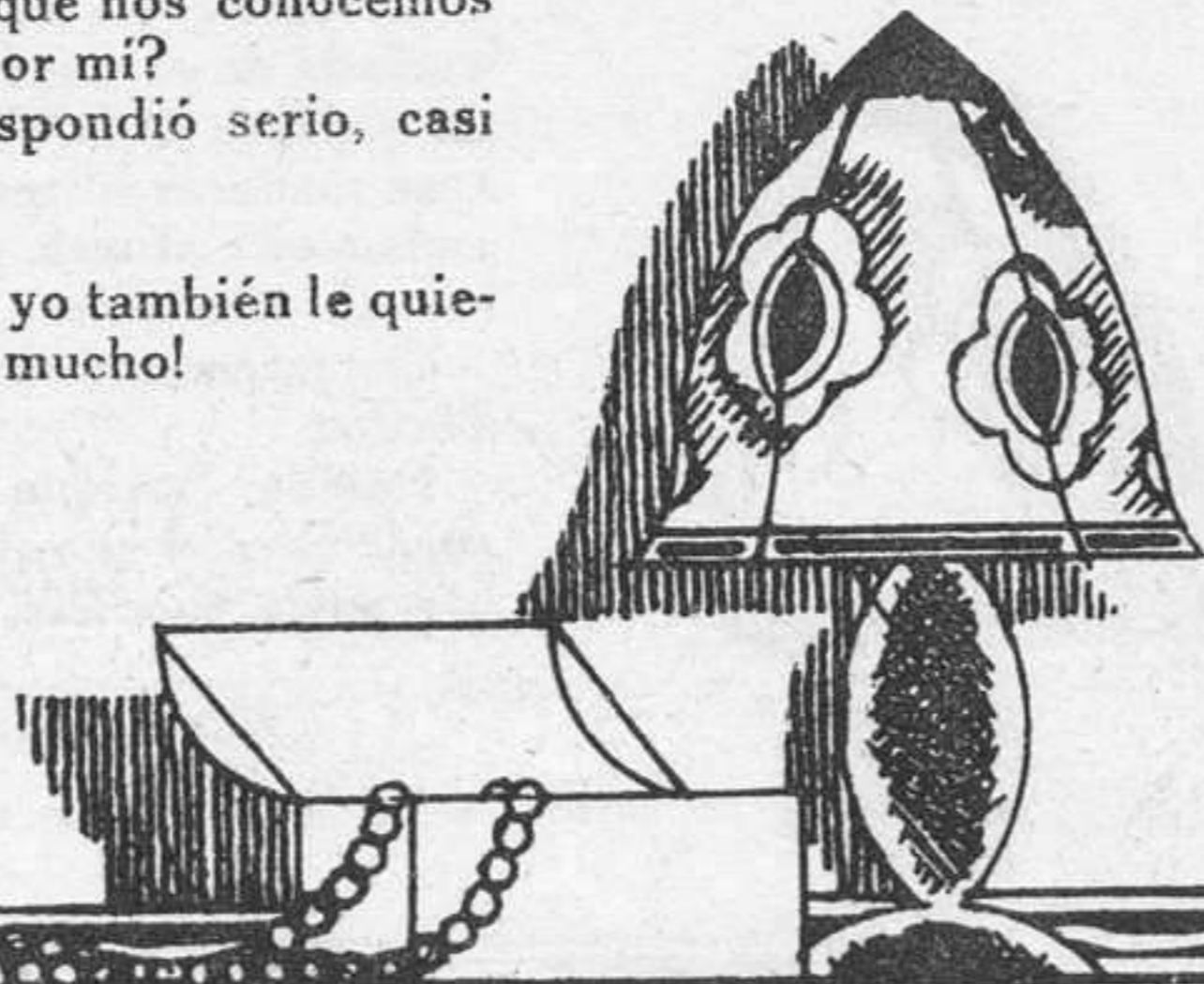
Estaba estupefacta; tanto por la admiración expresada por el conde, como por la transformación que había operado el frac de Juan.

En la prenda de buen corte, que le estaba admirablemente, se encontraba el joven profesor a su gusto, casi elegante.

Enrique, acercándose a Dionisia, le preguntó, indicando a Giraud:

—¿Eh?... Tuve buena idea. ¿Ves la diferencia? ¿Sí o no?

Y como no respondiera todo lo deprisa que él quería, añadió:



—Apostaría que no. ¡Las mujeres no saben ver ciertas cosas cuando se trata de hombres!

Llegaban todos los invitados. Primero, los La Balue, imperturbables, ridículos en extremo, cada uno en su género, y tan plenamente convencidos y pagados de sus personas, que hubiera dado lástima desengaños.

Los siguió Huberto de Bernés, de uniforme, como lo previó Monina, temeroso de encontrarse con lo que él llamaba «un pez gordo».

Los Juzencourt entraron los últimos, acompañados de la señora de Nezel, muy bonita, deliciosamente vestida, fina, ágil, con flexibilidad de criolla, cutis de jazmín y cabellos abundantes, sedosos, intensamente negros.

Monina, mirándola con curiosidad, como si no la hubiese visto nunca, dijo a Clagny:

—¡Sí que es bonita la señora de Nezell!

El contestó, distraído, devorando a Monina con los ojos:

—Sobre todo, de raza; una verdadera mujer.

—¡Monina! —llamó de pronto la marquesa—. La señora de Juzencourt quiere ver a los niños: ve a buscarlos. Con tu permiso, Bertrada... y con el de usted también, señor abate.

El señor Clagny experimentó un sentimiento de contrariedad al verse separado de Dionisia, sin la que le parecía no poder pasarse ya.

La joven volvió muy pronto, seguida de Marcela y de Roberto, y trayendo de la mano a un soberbio nene de cuatro años, que sonreía amable y confiado. Orgullosa de él, le presentó:

—Este es mi ahijado. Delicioso..., ¿verdad? ¡Y bonito y bueno...! ¡Un encanto!

—Está tan enamorada de este niño —dijo la señora de Rueille— que no le deja un momento: ella misma le enseña a leer.

—¿Ya? —intervino el señor de Clagny, en tono de reproche—. ¿Le están enseñando ya a leer?

—Y otras muchas cosas, ¿no es verdad, Monina? —preguntó la marquesa—. Le enseña también Historia Sagrada. Hace dos días me ha contado el pasaje de Moisés; lo sabía muy bien.

Atenta y cariñosa, Monina se arrodilló ante el niño, que al oír hablar de «su historia» volvió a ella su carita suplicante:

—¡Cuéntalo, Fred!

Dócil y cariacontecido, alzó la vista hacia su madrina.

—Cuéntanos lo de Moisés, que lo sabes muy bien.

—Bueno —dice Fred con tono resuelto—, le han puesto en un cestillo al chiquitín Moisés... y han dejado el cestillo en el Nilo...

Se interrumpió sudando; Monina le preguntó:

—¿Y después? ¿Qué pasó después?

—¡No sé! —contestó brevemente el pequeño—. No sé más..., no sé más, te digo..., di tú lo que pasó...

—¡Vamos a ver!... ¿Es que te has propuesto no contestar?

Zalamero, el pequeño dijo:

—¡Sé buena! ¡No me preguntes más!

Dionisia se obstinó:

—¡Sí!... Algo ocurrió cuando Moisés bajaba por el Nilo...

¿Qué..., qué es lo que pasó?

Caviló un instante, con la carita contraída, los ojos cerrados. Y cuando nadie lo esperaba, exclamó, feliz de hallar salida:

—El gato de las botas, que llega y grita: ¡Socorro!... ¡Que se ahoga el señor marqués de Carabas!...

—Ahí tienes —dijo riendo Bertrada—, el inconveniente de meterle a la vez tantas cosas en la cabeza.

Y el señor de Rueille añadió:

—Dionisia le ha dado hace dos días un maravilloso *Gato con botas* que hemos traído de Pont-sur-Loire, y que ha debido de hacerle a Moisés una extorsión considerable.

Monina se volvió hacia su primo y le preguntó asombrada:

—¡Dionisia!..., ¿Desde cuándo me llama usted Dionisia?

—No sé —responde Rueille—: eso me ocurre algunas veces.

—¡Nunca! Creía que estaba usted enfadado.

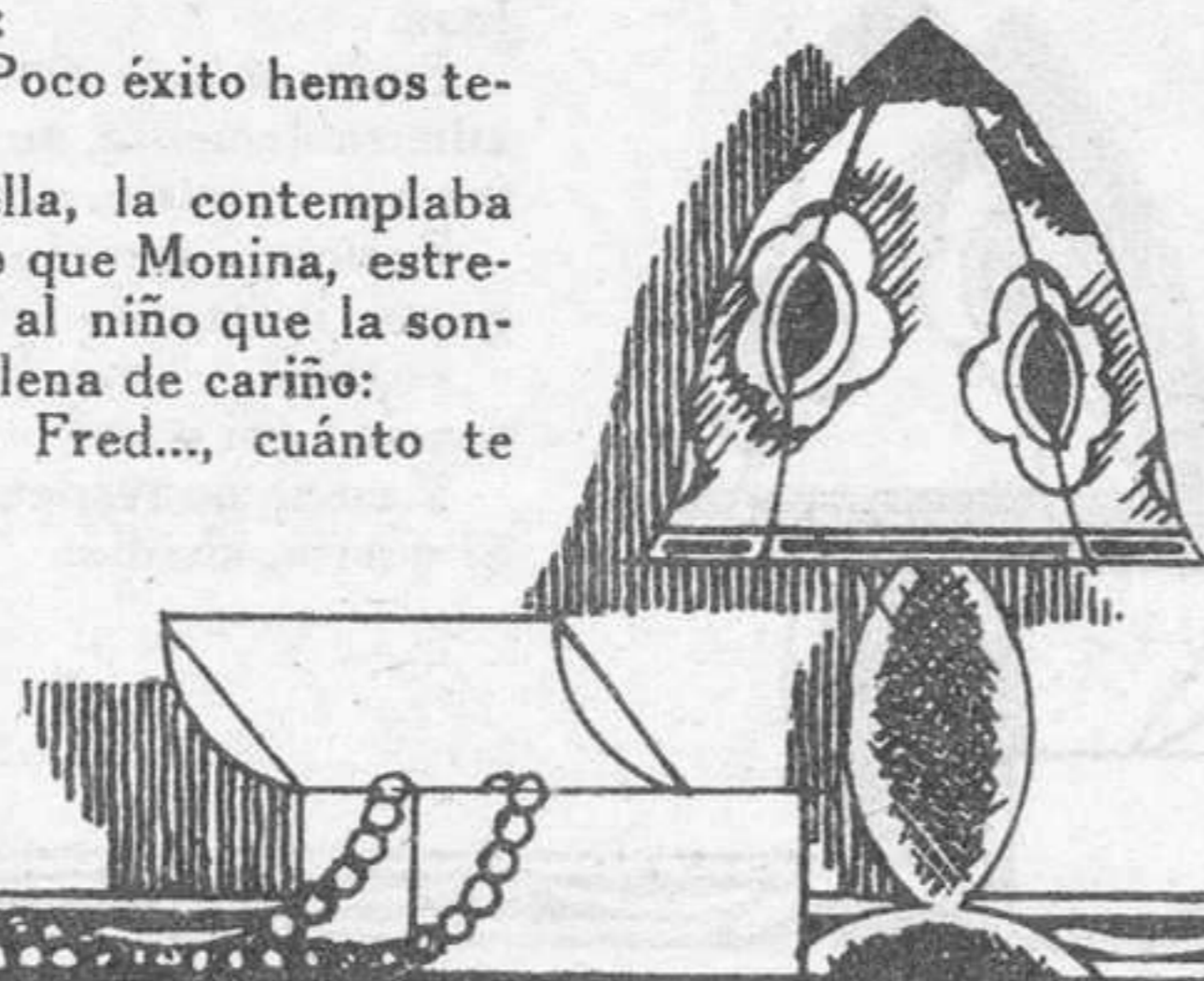
E inclinándose hacia su ahijado, le tomó en sus brazos y dijo, riendo:

—¡Pobrecito Fred!... ¡Poco éxito hemos tenido esta vez los dos!

Giraud, de pie tras ella, la contemplaba con admiración en tanto que Monina, estrechando entre sus brazos al niño que la sonreía, exclamó, mirándole llena de cariño:

—¡Fred... mi querido Fred..., cuánto te quiero..., si tú supieras!...

Al oír pronunciar su nombre con tal ternu-



ra, el joven profesor se estremeció y contuvo con esfuerzo el movimiento que la impulsaba hacia Dionisia. Se puso tan pálido y su rostro se contrajo tan singularmente, que Pedrito, tan poco observador y suspicaz, no tratándose de Monina, le preguntó:

—¿Qué tiene usted, señor Giraud...? ¿Se ha puesto malo?

Dionisia se volvió rápidamente y preguntó con interés:

—¿Está usted enfermo, señor Giraud?

—¿Yo? Nada de eso, señorita. No sé de donde lo saca Pedrito.

—¡Anda! —dice el muy pícaro—. Mírese usted la cara. Desde hace tres o cuatro días no sé que le pasa; pero debe de ser algo, aunque usted no lo sepa.

—Le aseguro —balbuceó el pobre joven, atormentado—, que no me pasa nada.

El señor de Clagny se había acercado. Miró con envidia a Federiquín, agazapado en el hombro delicioso de Monina, y dijo:

—¡Es soberbio su ahijado!

—¿Verdad que sí? Y me adora.

Anunciaron la comida. La joven entregó el nene, adormecido, a la niñera inglesa. De pie ante ella, chabacano, La Balue le ofrecía el ángulo agudo de su brazo. Aceptó resignada y fué a tomar asiento entre él y Giraud, loco de felicidad por estar al lado de ella, y más que nunca, torpe y aturdido.

Su timidez, ya grande, aumentaba. No se atrevía materialmente a pronunciar palabra y se desesperaba en su fuego interno, sintiéndose ridículo. No estaba ya enamorado sólo de Dionisia, de su belleza, de su gracia, de su encanto tan grande, sino que también la veneraba por su bondad infinita. Maestro de niños en un instituto, murmuró una vez evasivas palabras de amor a la hija del patrono; y aún recordaba, dolorido, la cólera despreciativa con que la burguesita le reprochó haber osado levantar hasta ella sus ojos de humilde comparsa. A esta otra hija, de casa grande, rica y hermosa, la había confesado francamente, crudamente, que la adoraba; y para responderle no había tenido más que palabras afectuosas, que desanimaban sin herir. Y se entristecía más, comprendiendo que su vida, turbada por este amor imposible, estaba truncada para siempre.

¡Cómo esperar, después de conocida y amada una criatura como la señorita de Courtaix, poder llegar a querer a la mujer con quien pudiera casarse! Y el pobre mozo, que tres semanas antes soñaba a ratos con un pisito interior chiquito y limpio, cuidado por una mujer lozana, modesta e insignificante, se veía ahora condenado perpetuamente al cuarto de la casa de huéspedes, donde reventaría cualquier día rodeado de los retratos de Monina, a duras penas cogidos a Pedrito.

Al principio de la comida Dionisia habló poco. Miraba la mesa con aire distraído, entretenida con las mil naderías, que tanto divierten a quien sabe ver. La señora de Bracieux, tenía a su derecha al señor de La Balue, algo desatendido, y se ocupaba sólo del viejo amigo Clagny, colocado a la izquierda, y con el cual no dejaba de hablar. El señor de Jonzac, sentado frente a su hermana, entre las señoras de La Balue y de Tourville, parecía divertirse moderadamente, tanto como la señora de Nezel, que, un poco triste, contestaba distraída a sus vecinos Enrique de Bracieux y Pablo de Rueille, mirando en cambio hacia Juan de Blaye, colocado al otro extremo de la mesa, entre la señora de Juzencourt y la señorita de La Balue. Juan parecía no ocuparse para nada de la señora de Nezel, y varias veces los ojos de Monina se encontraron con los suyos. Como si este encuentro le hubiese molestado, se volvió hacia el joven La Balue, y repentinamente amable, charlotéó con animación. La mirada un poco inquieta de Juan se fijó en ella desde este momento, y no la separó ya.

VII

Después de la comida hacía en el salón un calor insostenible. La señora de Bracieux dijo:

—Los que no temen la humedad de la noche pueden salir a la terraza o al jardín.

Gisela de La Balue, gruesa y buena moza, vaciada en el mismo molde que las estatuas de la plaza de la Concordia, y afectando gustosa maneras libres y varoniles, se lanzó pesadamente afuera, gritando:

—¡El que quiera, que me siga!

Galantemente la acompañó Huberto de Bernés.

Rueille, Enrique de Bracieux, Pedrito y el señor Giraud se volvieron como un solo hombre hacia Dionisia, y Pedrito preguntó:

(Continuará en el número próximo.)

Sección compuesta y redactada en París bajo la dirección de Madame Martine Renier redactora Jefe de la Moda en FEMINA de París

Crónica



JEANNE REGNY

Dos trajes encantadores de mañana o de «sport». El primero es de «jersey». La falda, ensanchada hacia abajo, es verde, y el «jumper» violeta, con listas verdes. Un grueso borlón violeta pende del cuello, escotado en pico.

JEANNE REGNY

«Jeanne Regny» suele utilizar mucho para sus trajecitos la franela y la «toile» de lana, con las que obtiene efectos muy gratos, como sucede en este modelo de «toile» de lana gris verde, muy práctico y de una línea muy juvenil.

LAS ELEGANCIAS EN LAS CARRERAS DE OTOÑO



AS primeras carreras de Otoño atraen a Longchamps una concurrencia numerosísima, y no me atrevería a afirmar que sólo el interés de la raza caballar atrae a tanta mujer elegante como se reúne en este lindo rincón del Bois. En

realidad, sentimos todas una gran impaciencia por ver «en acción» —si así cabe decir— los modelos que aún no hemos admirado más que en los salones de los modistas. Parecen distintos cuando los completan los innumerables detallitos que saben hallar las mujeres, y a



los cuales conceden una atención considerable. ¿Cuál de nosotras ha dejado de advertir la diferencia de aspecto que puede presentar un traje, según el sombrero que le acompaña?

Este año, los abrigos muy «en forma» han hecho su aparición desde los primeros fríos, y ni una sola mujer ha rehusado seguir esta moda; no teníamos más remedio que hacerlo así, so pena de parecer que habíamos conservado prendas del año anterior. Pero ¡oh, asombro! Como muchas mujeres no han perdido todavía el gesto de ceñirse el abrigo, el vuelo solamente se advierte en la parte inferior, ya que el volante «en forma», ribeteado de piel, parece amplio, hágase lo que se haga. Si se acentúa la boga del manguito, perderemos esta costumbre y confieso que, por mi parte, me

alegraré. Ya es tiempo de variar de hechura, y los manguitos redondos, de reducidas dimensiones, que se han visto en Longchamps, suscitaban numerosos comentarios de aprobación. Me ha llamado particularmente la atención una encantadora dama americana, vestida de *drapella* violeta, con adornos de *petit gris*,



LUCIEN LELONG

De los vestidos bordados, solamente siguen en boga los que son verdaderas maravillas de arte y de colorido. Este, de crespón verde «jade», va bordado de «strass» y esmeraldas, que forman un precioso dibujo oriental.

Las primeras carreras de otoño ofrecen siempre un interés extraordinario desde el punto de vista de la moda. Este año, nos han permitido ver infinitas novedades diversas, entre las cuales se destacaba esta falda de tul negro, moteado de oro.



y que llevaba un manguito y un bolsillo de la misma piel; un sombrero de felpa gris, con una tira de *petit gris* que rodeaba la copa y se anudaba a un lado, completaba su atavío.

Otro detalle que también ha llamado mucho la atención, es la combinación de piel y de *lamé* que adorna-

ba muchos trajes oscuros; esto es una novedad importante, pues hasta ahora nadie se atrevió a llevar *lamé* al aire libre. A decir verdad, no se le ve mucho, sino que simplemente se le entrevé, a ratos, entre unas tiras de piel, en el zócalo y los puños, formando así una notita brillante bastante bonita. Pero me pregunto si la niebla otoñal no empañará pronto el brillo del *tissú*. He visto, en Longchamps, a una lindísima mujer que llevaba un abrigo de terciopelo negro, bordeado de un volante «en forma», adornado con cinco tiras de *skungs*, colocadas sobre un fondo de *lamé* de oro. Entre cada una de estas tiras de piel se veía algo de oro, y cuando el abrigo se apartaba, aparecía una amplia túnica de «escarabajo de oro» —especie de *lamé* rizado, algo mate—, ribeteada de *skungs*. Estos trajes de



DÆILLET

Un traje de éxito, creado por «Dæillet». Es una maravilla de color, de una elegancia muy parisina. La parte superior es de terciopelo negro; la túnica es de muselina de seda negra, bordada de coral y orlada de terciopelo negro.

La princesa de Lucinge-Fancigny, vestida por «Lanvin». La princesa llevaba un abrigo de «kasha» color «beige», forrado y adornado de gacela decolorada, del mismo tono que el tejido. Gruesa orquidea malva en el escote.





JEAN PATOU

Dentro de su gran sencillez, este traje de «Patou» está trabajadísimo. Es de raso negro recortado, formando festones ribeteados con vivos de raso blanco, que constituyen un bonito adorno discreto. La falda está cortada «en forma».



tanto vestir, forman un contraste tal con nuestros vestidos sencillos del verano último, que su vista no deja de producirnos siempre cierta sorpresa; no tardaremos en acostumbrarnos a ellos.

Se acentúa el resurgimiento del tafetan. Ya habíamos visto algo en casa de *Doillet* y, en *Longchamps*, han hecho su aparición algunos abrigos de tafetan *ouatiné*. Madame N. llevaba uno precioso, de tafetan color *beige*, de un reflejo completamente dorado; en lugar de llevar dibujos pespunteados, como la mayoría de las sedas *ouatinées*, este abrigo,



Abrigo creado por «Paquin», de terciopelo negro, enteramente cortado «en forma» y adornado de «petit gris». Los puños son muy amplios. La boina es de terciopelo negro, adornada con un pajarito de «strass».

Abrigo muy sencillo y muy ajustado, de paño «beige» muy claro, casi blanco, adornado con un grueso zócalo de «renard» negro. Una estrecha «echarpe» puede, a voluntad, enrollarse en torno al cuello. El sombrerito, de «gros grain», es del mismo color que el abrigo.



Precioso abrigo creado por «Channel». Es de duvetina y le adorna un ancho volante de castor. Este abrigo va muy cruzado y cierra enteramente a un lado. El sombrero flexible, de una línea muy armoniosa, es de fieltro del color del abrigo.

Este precioso modelo ha causado una sensación considerable en el «Grand Prix d'Automne». Es de tafetan «glacé», de un tono casi dorado, y le adornan unas tiras atravesadas. El cuello y las carteras son de «renard» rojizo. El sombrero es de fieltro afelpado.



PREMET

Vestido de muselina de seda gris, bordada de verde y de violeta. El cuerpo es liso. El talle está colocado bastante alto. Unos grupos de tablas ensanchan la falda. El abrigo, de terciopelo violeta, está adornado con piel gris.



que ha sido muy admirado, llevaba tablas en sentido horizontal. Se completaba con un cuello, un zócalo y puños de *renard* rojizo. Otro abrigo de tafetan verde, liso, se cerraba en el centro con dos estrechas tiras de *petit gris* que ribeteaban toda la prenda. A cada lado, por delante, este abrigo llevaba una franja formada de dibujos respunteados. Creo que esta moda, menos banal que la de los abrigos de terciopelo, quedará reservada para algunas mujeres muy elegantes, y dudo que se generalice este invierno. En cambio, no me sorprendería



que fuese ya una indicación valiosa para la moda de la primavera próxima.

Algunos paletós cortos, de potro dorado, de astrakán par-do rojizo, de gacela decolora-da, son otras tantas demostra-ciones de nuestra afición des-enfrenada por las pieles teñi-das. Confieso que semejantes caprichos se me antojan algo excesivos.

Todos los sombreros que he visto en Longchamps, me han parecido muy sencillos. Como es natural, hemos buscado con



ansiedad el «último modelo de *Reboux*», y solamente hemos encontrado unos fieltros muy flexibles, con alguna que otra aguja, o sombreros de felpa con la copa bastante alta. Se veían muchos sombreros con el ala levantada por delante y pocas *cloches*; es posible que acabemos por cansarnos de estas últimas, como nos hemos cansado de los vestidos rectos, lo cual es un milagro consi-derable, definitivamente reali-zado.

Los zapatos son muy senci-



La encantadora artista Mademoiselle Jane Marnac, vestida por «Charlotte», llevaba en las carreras un vestido de crespón negro, con una túnica «en forma». Una flecha levantaba el ala de su sombrero de fieltro. Sus guantes estaban bordados en blanco.

PAUL POIRET

Vestido de tafetan blanco, en-teramente compuesto de «pan-neaux» como los trajes antiguos. Esto acentúa algo la línea del talle ceñido. Un bordado en oro, azul y rosa, subraya estos «pan-neaux» y ribetea el bajo del ves-tido. La cintura, muy ancha, es de tafetas azul.



DCEILLET

Abrigo de tarde, de terciopelo habano, con canelones de nu-tria. Entre estos canelones, hay otros de terciopelo, postizos, simplemente orlados de piel. El cuello es muy alto, cosa a que se prestan perfectamente los som-breros de este invierno, que van todos cortados o levantados por detrás.



llos y las medias, decididamente, más oscuras.

¿Volveremos a ver la media negra?

Jeanne Lanvin, intenta este resurgimiento, puesto que presenta todos sus trajes negros con medias del mismo color; mientras llega este cambio, demasiado radical para ser inmediato, se ven algunas medias gris topo, o de seda marrón, con calzado del mismo color o con zapatos de charol negro.

Todo esto significa un en-



cauzamiento hacia una nueva moda.

¿Y los bolsos de mano?

Decididamente, la cartera grande se ha vulgarizado demasiado; aún se veían con grandes iniciales cuadradas, pero se veían en excesiva cantidad; las mujeres más renombradas por su elegancia, llevaban bolsillos de antilope, fruncido, con una boquilla de concha, o bolsillos bordados a punto de tapiz.

He visto algunos bolsillos de piel, sobre todo de nutria de-



Bonito traje de «kasha» creado por «Paquin» en dos matices de «beige». La falda tiene por delante un movimiento muy original. También lo es la airosa solapa que adorna la parte superior del traje, al que acompaña un hermoso abrigo de «breichwantz».

NICOLE GROULT

Bonito «vestido para bailar», propio para muchacha. Es de muselina de seda azul «pervenche». La parte superior es lisa. La falda lleva unos volantes colocados un poco más alto por detrás que por delante. Estos volantes van ribeteados de una cinta de plata, cuyo brillo es de un lindísimo efecto sobre la muselina.



DCEILLET

Soberbio abrigo de noche de «lamu» de oro, labrado. Se compone de «panneaux», separados por tiras de oro bordadas de perlas que acentúan el movimiento «en forma». Otras tiras iguales adornan las mangas. El cuello y los gruesos puños son de «visón», y el forro es de terciopelo pardo rojizo.



colorada, y también algunos de terciopelo.

Casi todos los guantes eran de piel de Suecia, color pardo rojizo, salvo algunas excepciones caprichosas.

Por ejemplo: la linda actriz mademoiselle Jeanne Marnac, llevaba un vestido de *crépe satin* negro, un sombrero negro, una piel de *renard* plateado, y las únicas notas claras que



PREMET

En muchos vestidos se disponen gruesos motivos preciosamente bordados de lentejuelas de celuloide muy ligeras y de colores infinitamente variados. En el adjunto modelo, el fondo es de muselina de seda malva sonrosada, y las lentejuelas que forman gruesos ramos multicolores son rojas, rosas, verdes y azules.



Un sombrero de «Reboux» constituye siempre un acontecimiento, pues no cabe duda de que esta importante casa es la que «lanza» cada año la verdadera moda de sombreros. Este modelo es de fieltro flexible, dispuesto de una manera muy nueva.



En este modelo la piel está colocada, en tiras, sobre un fondo de «lammé» de plata que da a este adorno un brillo de una gran novedad. El abrigo, cortado «en forma», se cierra a un lado, debajo del brazo.



Sobre un abrigo de terciopelo oscuro, una originalísima echarpe de «petit gris» forma el cuello y, ensanchándose, cae a un lado. El segundo modelo, es un hermoso abrigo de «kasha» forrado de castor. Los altos puños son de la misma piel que el forro.



DRECOLL

Encantador trajecito «trotteur» de terciopelo negro. Bajo la chaqueta corta va una blusa de «toile» de seda blanca. Por delante, una cinta de terciopelo negro, con una hilera de botoncitos de nácar, divide la blusa. La falda tiene el vuelo por delante. Las mangas son bastante amplias.

resaltan en este conjunto sombrío, eran tres cosas bien distintas: una flecha en el sombrero, un collar de perlas y guantes negros con manopla vuelta, negra y blanca.

En resumidas cuentas: piel, mucha piel; una moda infinitamente «de más vestir» que la de los inviernos anteriores, y todas las primicias de un invierno elegantísimo.

MARTINE RENIER.



(FOTOS. SEEBERGER.)

De estos dos modelos, el de la izquierda es un abrigo de raso gris «ouatiné» bordeado de una franja de chinchilla que forma un cuello muy alto por detrás. La franja de piel va subrayada por unas hileras de gruesos respuntes. El otro modelo es un abrigo de «drapella» negro con un volante muy «en forma».

Con tantísima piel como se lleva ahora parece que las parisinas se preparan para un invierno riguroso. He aquí un abrigo de terciopelo negro adornado de tiras de piel de rata, y otro de terciopelo negro adornado de «renard» natural.



FOTO. LAURE ALBIN GUILLOT.

S O M B R E R O S



A influencia de la Exposición de Artes Decorativas sigue haciéndose sentir en los bordados, lo cual, más que en parte alguna, se advierte en los sombreros. Esto se explica fácilmente: en estos tiempos de carestía de la vida, pocas mujeres pueden costearse el lujo de un traje de excesiva fantasía, como sucede con casi todos los que llevan bordados muy modernos. Un sombrero es una fantasía menos costosa y que puede cambiarse con más frecuencia.

LEWIS

Sombrero de terciopelo marrón con puntas de terciopelo «beige» bastante claro. Dos de estas puntas van desprendidas del casco y forman en la parte de detrás una pequeña escarapela. Muchas modistas se esfuerzan en «lanzar» este género de bordados, que se destaca de la monotonía de los sombreros actuales.



JEAN PATOU

La noticia de que «Jean Patou» hacía sombreros causó sensación en los principios de la temporada. Estos sombreros suelen ser muy sencillos y de una forma que favorece a la cara, como este fieltro ajedreado negro, adornado con «crosses».



JEAN PATOU

Pequeña «cloche» de terciopelo marrón, bordada con felpilla en los tonos «beige» y castaño. El ala, muy breve en la parte de detrás, va ligeramente vuelta por delante. Este sombrero es menos «de vestir» que el anterior.



MARIA GUY

Se advierte en «María Guy» una señalada tendencia hacia los sombreros más adornados y las formas más complicadas que antes. No sé si la adoptaremos este invierno. Este modelo es de terciopelo negro, adornado con tres pompones de «aigrettes».

JANE BLANCHOT

Sombrero de terciopelo negro, bordado con felpilla gris, que forma un ajedrezo. Un finísimo retorcido de terciopelo negro forma por delante dos lazadas sujetas por un «cabochon» de azabache.





JANE BLANCHOT

Este fieltro «belge» tiene la parte inferior del ala cubierta de terciopelo castaño. Unas plumas de falsán atraviesan la copa y caen hacia abajo. También resulta muy elegante armonizar el ala del sombrero con la piel del abrigo.



LEWIS

Algunas mujeres han adoptado el turbante y lo llevan casi constantemente. Para ellas, ha creado «Lewis» este turbante de raso negro, adornado a un lado con una «aigrette» y animado por algún que otro ligero bordado blanco.



MARIA GUY

Algunas modistas anuncian la boga de las boinas —¿será cierto?—, y se ven algunas en todas las colecciones. Entre otros, hemos visto en las carreras el adjunto modelo, de raso negro, ribeteado con un estrecho «bandeau» de felpilla bordada.



DUMAY

También «Dumay» se dedica a los bordados cubistas en esta pequeña «cloche» de terciopelo negro y terciopelo gris. Un velo color gris topo, que, por delante, apenas cubre los ojos, forma por detrás una «draperie» cuadrada de una forma muy moderna.



DCEILLET

Este traje encantador, creado por «Dœillet», es de «crepe satin», utilizado por el lado mate y por el lado brillante. Los canelones van incrustados, formando un movimiento de una gracia especial; no menos gracioso es el cuello, largo, terminado con una lazada plana. Dos volantes fruncidos sobre una tira recta y que llegan hasta el codo, ensanchan las mangas en su parte inferior.



Foto. O'DOVÉ.

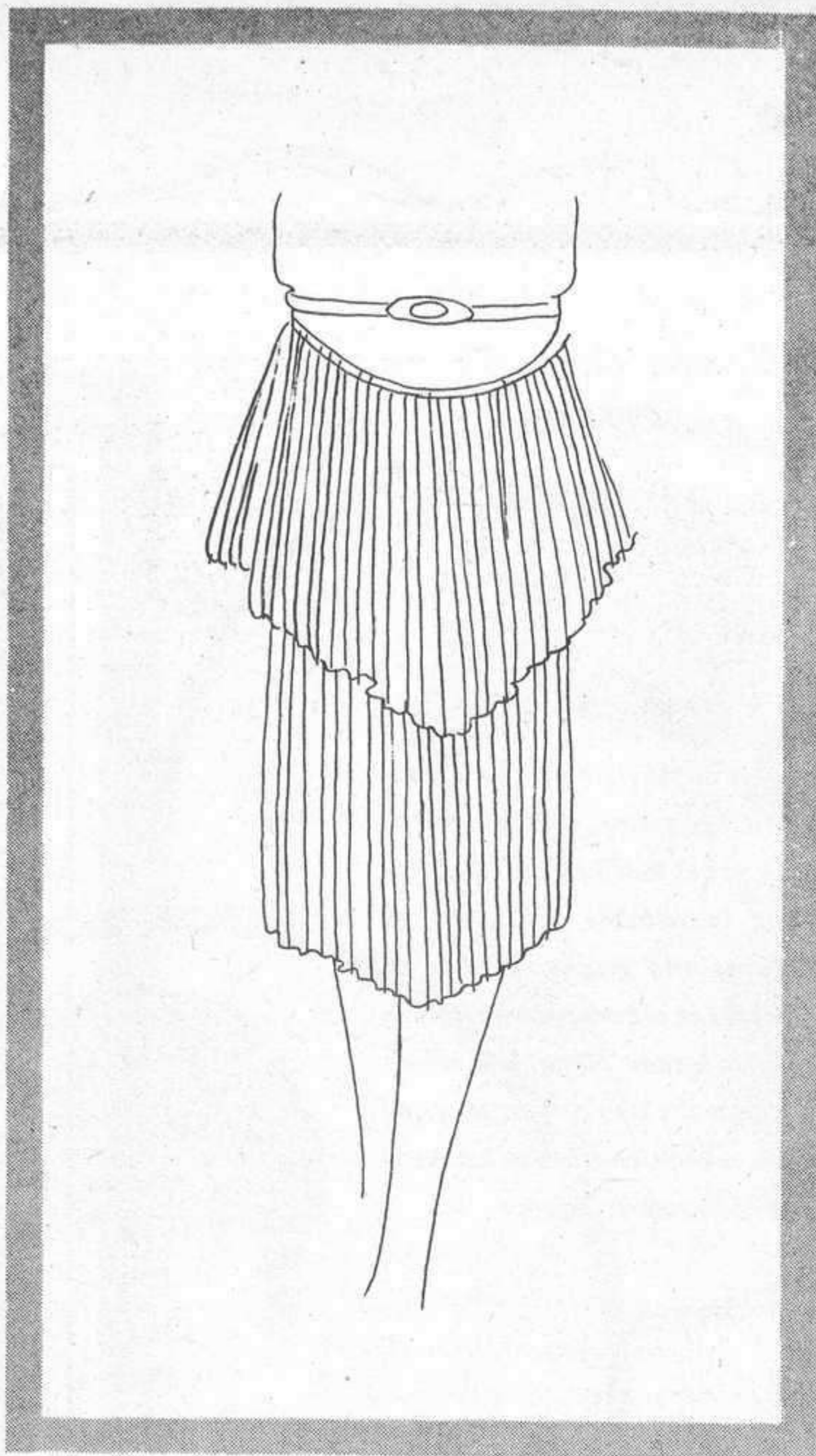


JANE REGNY

También este modelo lleva incrustaciones, pero son de tejido de dos tonos. La parte de arriba y la de abajo son de crepón «beige», y lo demás, de crepón castaño. El abrigo de paño, muy bonito y agradable de llevar, es de un color que entona con los matices del vestido y está enteramente forrado de piel de «petit gris» formando tiras. Los altos puños son de la misma piel.



LAS NUEVAS FALDAS



Tan acostumbradas estábamos a los trajes de una pieza, que los vestidos compuestos de varios trozos nos desconciertan un poco; ya la palabra de «falda» nos choca, y, sin embargo, las faldas nuevas ofrecen una gran diversidad.

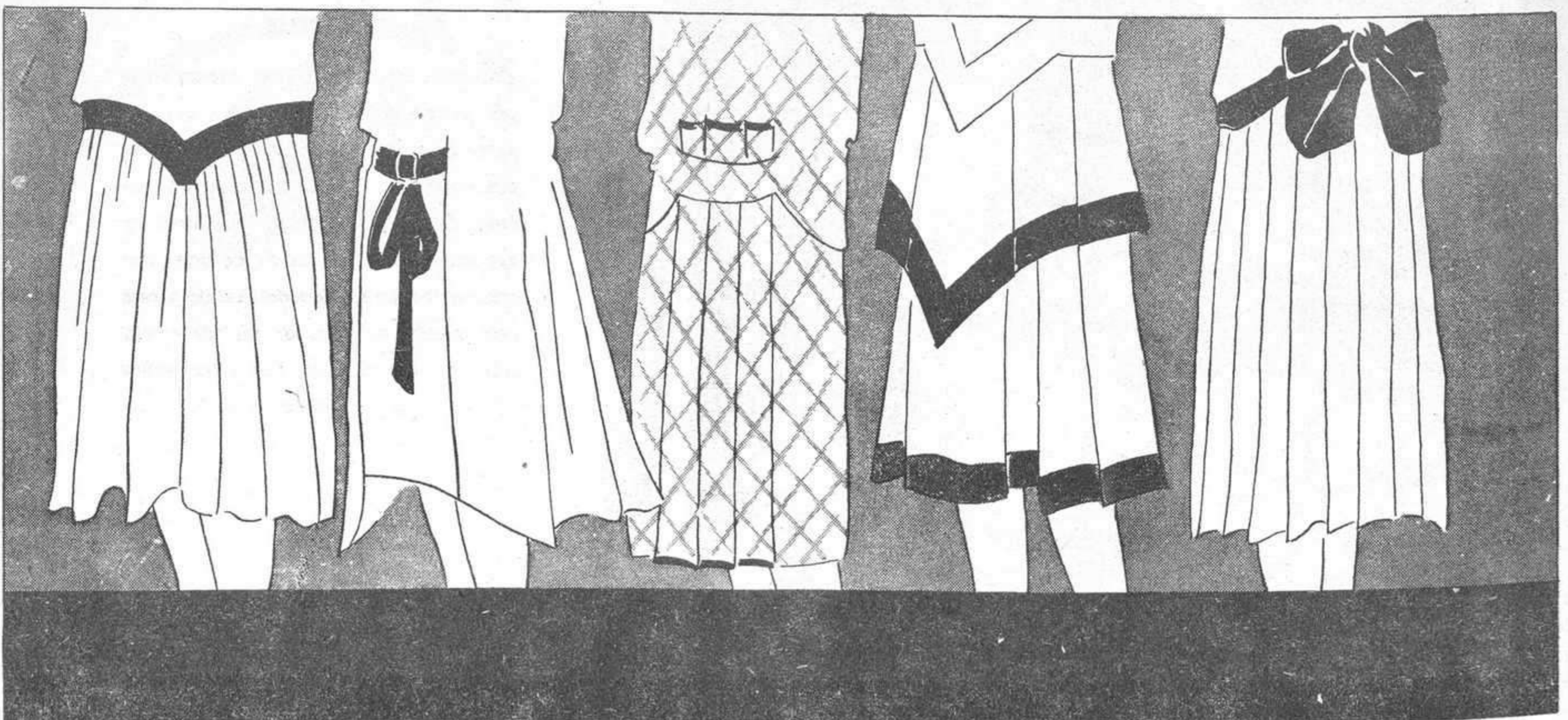
Muchos modistas nos presentan faldas de crespón de China, tal como el modelo que aparece arriba de esta página; también es fácil de hacer en casa, con tal de hacer una prueba minuciosa para que el volante resulte perfectamente redondo.

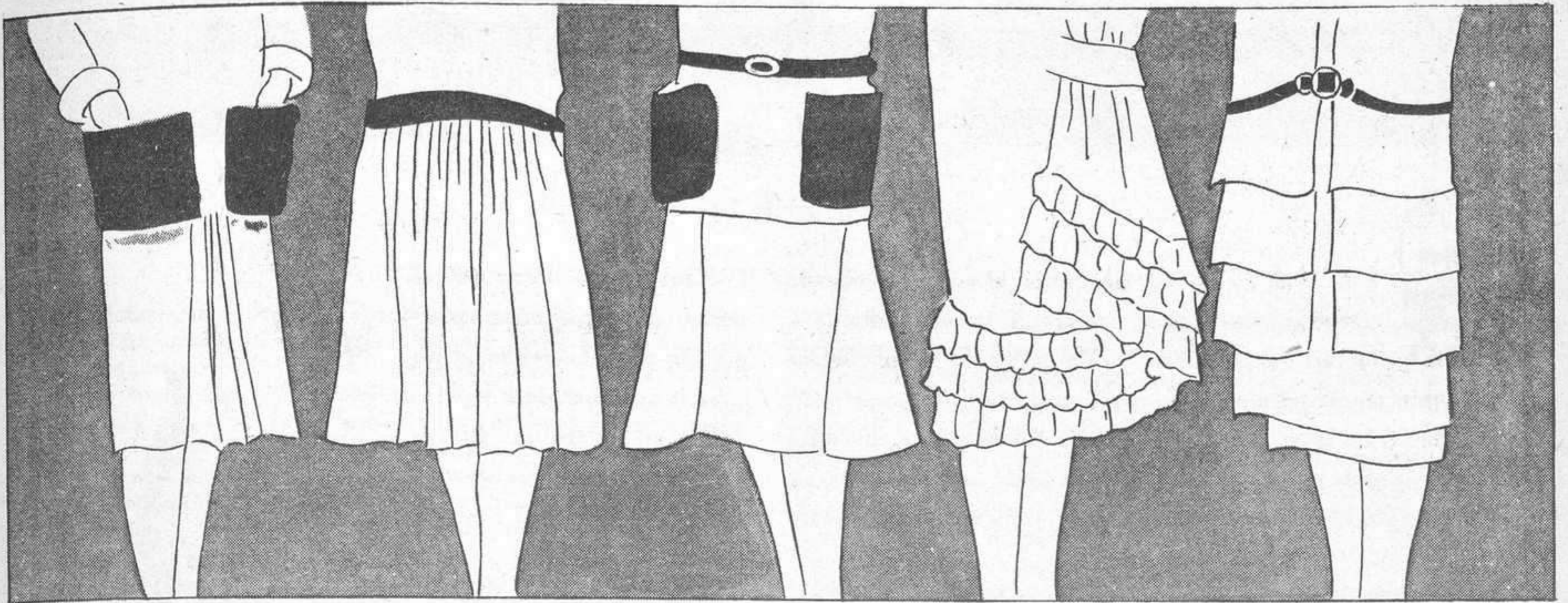
Abajo, el primer modelo es una falda de terciopelo que forma gruesas tablas y va pegada a una cintura en pico. El segundo, tiene el vuelo por detrás, tal como aparece en las faldas de «charmeline», de sarga o de «taffetas», y lleva una lazada de terciopelo por delante.

Abajo, el modelo del centro es una falda de mañana o de traje de «sport». La parte superior del vestido desciende algo sobre las caderas, y la falda, recta por detrás, forma por delante un «panneau» plisado, que reaparece más arriba en el cuerpo. Este último efecto puede suprimirse.

Para hacer la franja que ribetea algunas faldas de «crepe satin» o de crespón de China, existen infinitas combinaciones diversas. Puede hacerse en «crepe satin» mate, si la falda es de «crepe satin» brillante, o, si la falda es de crespón de China, puede hacerse la franja en el mismo tejido y color, pero en un matiz más claro o más oscuro.

«Dæillet» ha «lanzado» la cintura colocada más alta por delante, tal como aparece en el último grabado de esta página. Permanece fiel a este movimiento, que es muy gracioso y juvenil. El lazo, de raso muy flexible, que se coloca por delante, va a veces ribeteado de piel.





En las faldas de «drapella», colocadas bajo un «jumper», o en las de «jersey», que reaparecen actualmente, el movimiento predilecto consiste en un grupo de tablas muy profundas, colocadas por delante. Insisto en la palabra «muy» profundas.

En la parte superior de la página, de izquierda a derecha, la segunda falda conviene, sobre todo, para muchachas o mujeres muy esbeltas. «Premet» presenta muchos modelos como éste, con el talle colocado exactamente en su sitio natural, lo que resulta muy nuevo.

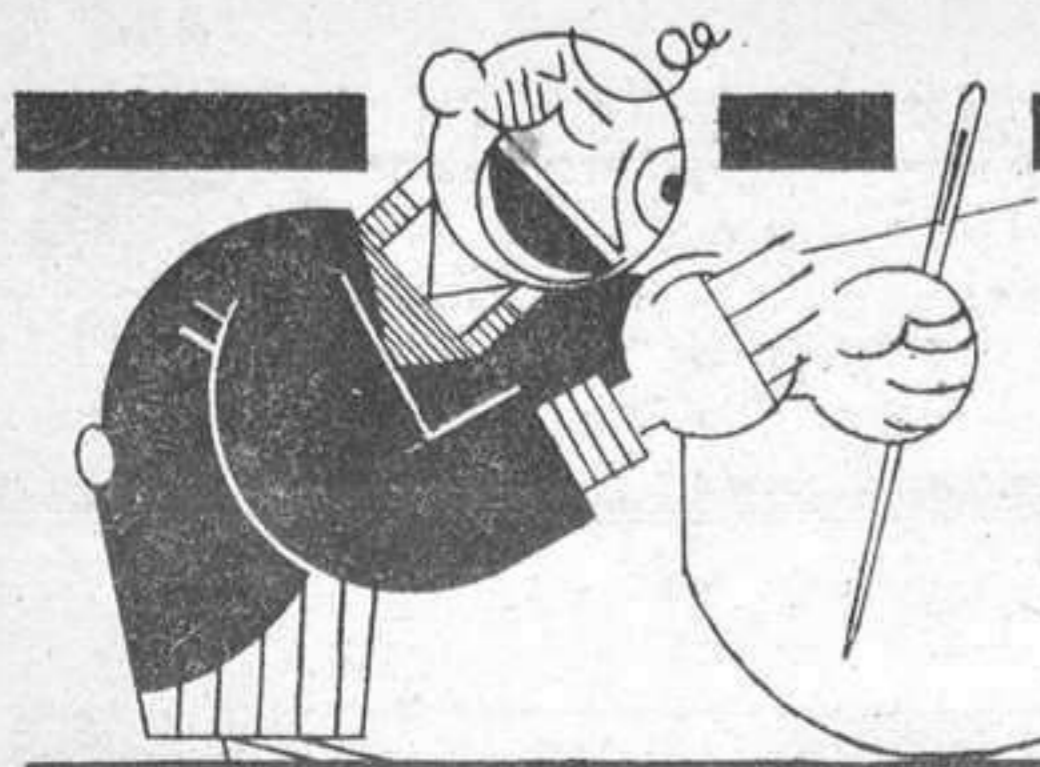
El modelo del centro es una falda de «sport» de gruesa lana. Los canelones son postizos y pueden colocarse precisamente debajo de los bolsillos de piel del «jumper» o un poco más atrás, empezando en los extremos de los bolsillos.

En los modelos de mucho vestir, de muselina de seda o de crespón de China, la falda cruza con frecuencia por delante y sube algo a un lado. Se ribetea de volantitos plisados o fruncidos, subrayados a su vez por el tenue ribete de una cinta muy brillante.

De los modelos de arriba, el último de la derecha, que ostenta la línea recta, lleva unos volantes, apenas ondulados, colocados sobre la túnica; esta hechura, monísima para un trajecito de mañana, de sarga azul, parece que es muy del agrado de «Molyneux».

Aabajo, un vestido visto recientemente en un té del Ritz; era de crespón de China gris pálido, adornado de anchas cintas de terciopelo gris más oscuro. Esto constituye una graciosa originalidad que no conviene a todas las siluetas.





MODA

HUMORÍSTICA

XOYO

LOS TRAJES



En la casa ha sonado el timbre, el perro ha ladrado por la fuerza de la costumbre; *El* ha interrumpido la lectura del periódico, y *Ella* ha tenido un movimiento y un mohín medio de alegría y medio temeroso.

—¿Quién será a estas horas? —ha dicho *El*, sabiendo que esta pregunta se acopla a todas las horas con igual oportunidad—. Y *Ella* le ha cogido la cabeza entre sus manos y ha murmurado entre su mano y el oído:

—Estoy segura de que es algo que te va a encantar...

Es el vestido nuevo.

El vestido nuevo ha llegado en una caja de madera, entre papeles de seda que le dicen al traje sus últimos consejos cuando lo extraen de entre ellos. El traje viene tal como la modista cree debe ser llevado.

—¿Te gusta? ¿No es un sol? ¡Mírame! —ha dicho *Ella* mientras se lo coloca delante, sujetando los dos hombros del vestido como citando a banderillas.

—Precioso, muy bonito —ha dicho *El*, y ha añadido con inquietud—: Oye, cuéntame más detalles de este vestido; la firma, la tela, el precio; tal vez me interese esto último.

Ella no ha contestado a todo esto; ha preferido dar un saltito infantil y desaparecer diciendo: ¡Corro a ponérmelo!

En su cuarto lo ha extendido sobre la cama, y lo va a estrenar. Pero antes tiene que enmendarle la plana a la modista.

Las modistas suelen enviar, prendido al traje, un papelito con una cifra. En algunos trajes hace esto precioso, es un

adorno muy original. Se denomina etiqueta, sin duda, atendiendo a lo mucho que viste.

Pues bien, lo primero que ha hecho es despegar el cartoncito y tirarlo al suelo. Ya no es el mismo modelo. Ya no tiene tanta vista.

Después, y a pesar de estar encantada con su traje recién llegado, se lo pone.

¿Por qué? Porque odia, por lo visto, al traje nuevo, y se lo pone para que deje de serlo.

Ella ha salido a la calle, se ha paseado por todas partes, y, al contrario que nosotros los hombres, a ella cuando le sienta mejor y más cómodo el vestido es el primer día que lo usa.

En esa primera salida suele suceder algo horrible. *Ella* marcha, por ejemplo, por una calle. De repente, ha dirigido la vista hacia un lado, y... ha podido ver su imagen reflejada. ¿Es un espejo colocado en una fachada? No, es algo peor. ¡Es otro traje idéntico!

Otra mujer ataviada con un traje igual al suyo camina en su misma dirección. Las dos se han mirado de una manera hosca, rencorosa, y se han examinado buscando algún detalle distinto entre

I

los dos trajes. Pero no: el mismo volante, el mismo pliegue, la puntilla hermana; no cabe la menor duda...

El caso reviste una gravedad extraordinaria; si *la otra* tiene mejor facha, el traje en ella luce más.

Si, al contrario, es una birria de mujer, destroza el modelo y le hace perder categoría.

De los dos modos es horrible.

Por otra parte, cada mujer cree que la humanidad despierta por la mañana, se baña, se desayuna y se lanza a la calle pensando:

—Vamos a ver qué vestido lleva hoy «Fulanita de Tal».

Y que por eso están las calles tan concurridas y los balcones tan poblados; sólo por ver cómo va ataviada *Ella*.

Así es que la presencia de una mujer *gemela* en traje le resulta intolerable.

Han caminado un momento juntas, mientras ha durado la sorpresa; algún transeunte maligno ha dicho tal vez al pasar junto a ellas: —¡Hombre!, dos hermanas.

El caso es que la desesperación se hace dueña en las dos mujeres. Y ya no piensan más que en acelerar el paso para dejar a la rival atrás, y cruzar ante la gente, con el traje nuevo, antes que la otra.

A la que primero desfile dirán: ¡Bonito traje! A la que viene después: ¡Otro traje igual que el de antes!

Las dos han adelantado el paso al mismo tiempo; primero, sin darle importancia, disimulando; una de ellas ha mirado el reloj; luego, el paso se ha hecho francamente largo. La más bajita ha iniciado el trote; hay un momento en que las dos galopan.

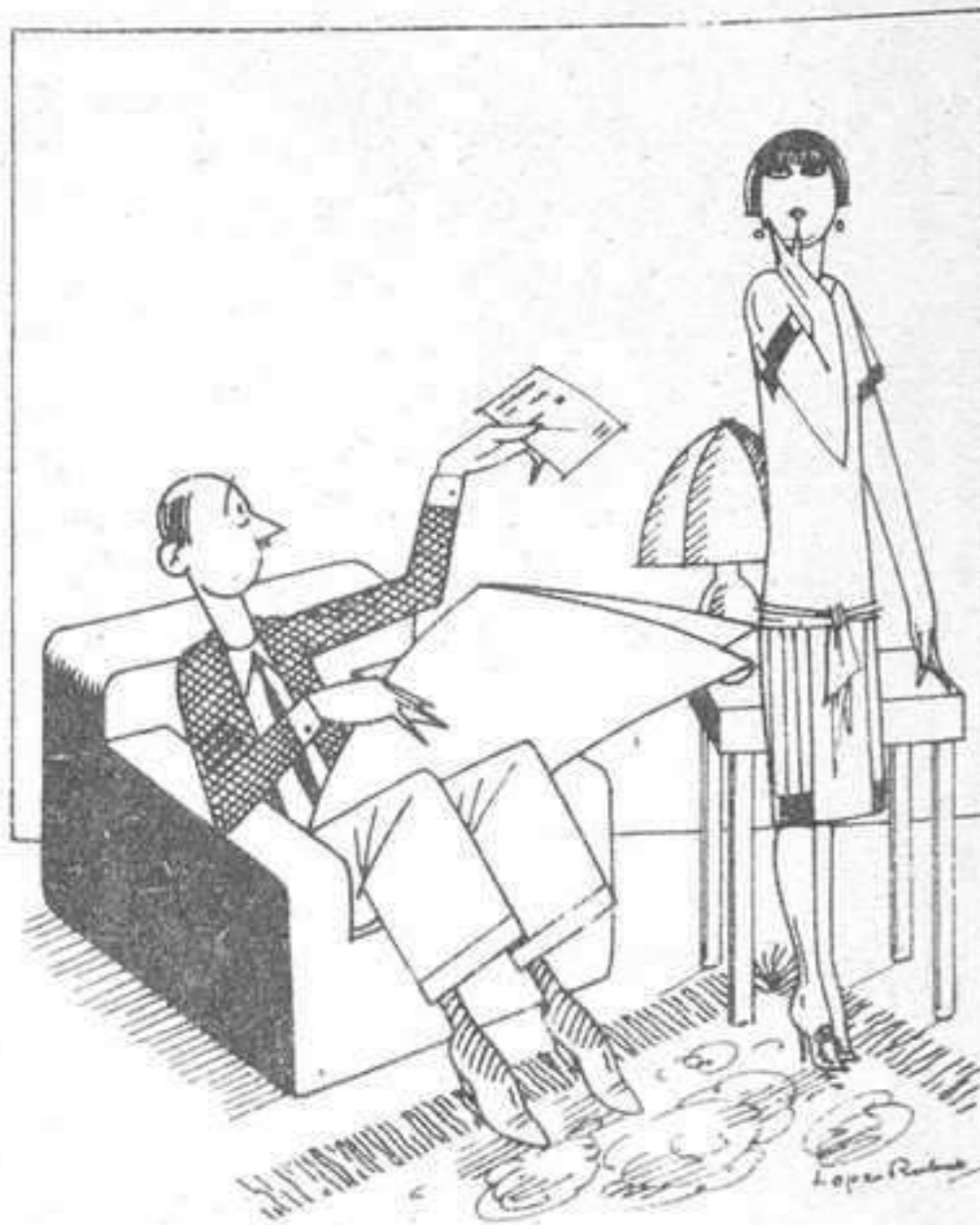
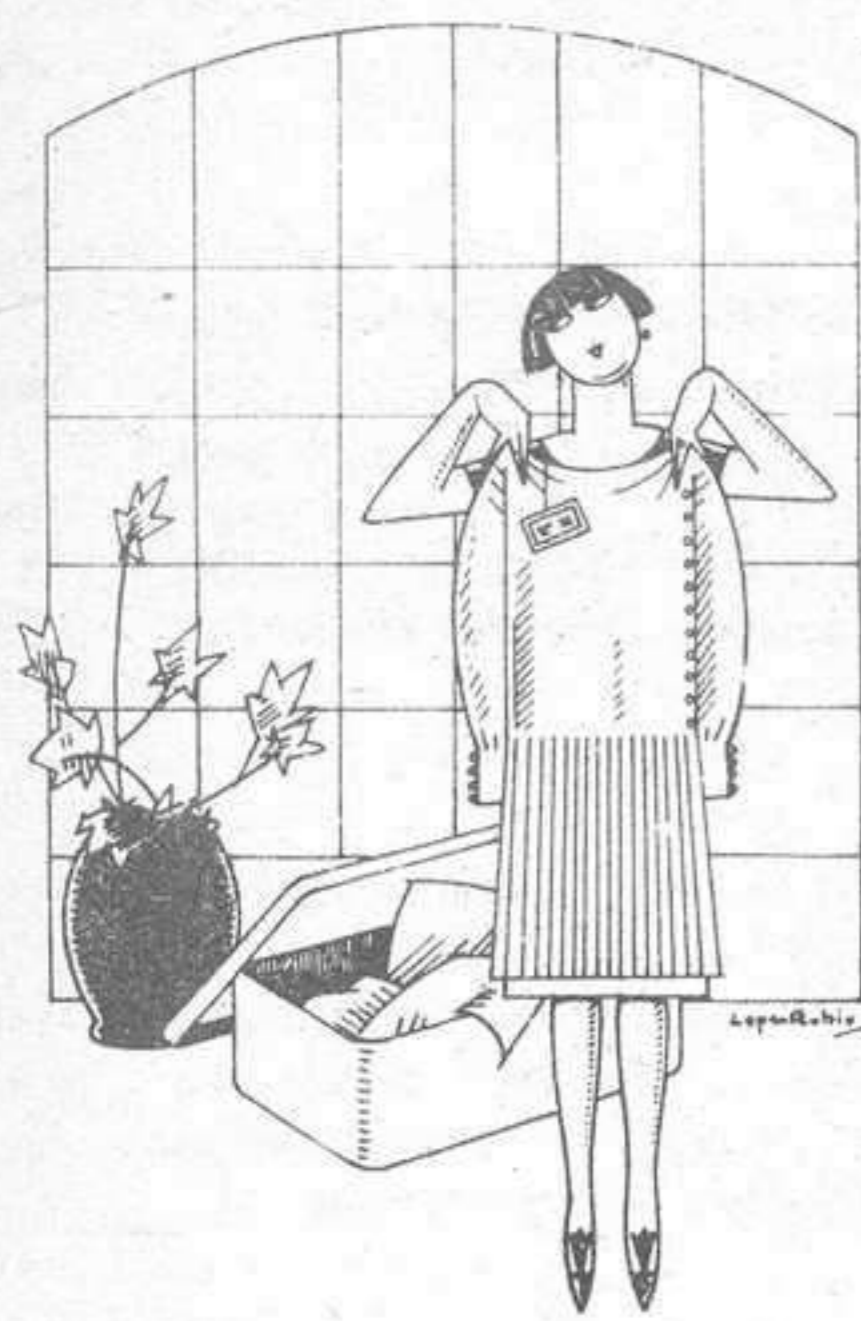
La carrera es impresionante; las gentes comprenden la tragedia, y hacen apuestas en las terrazas de los cafés.

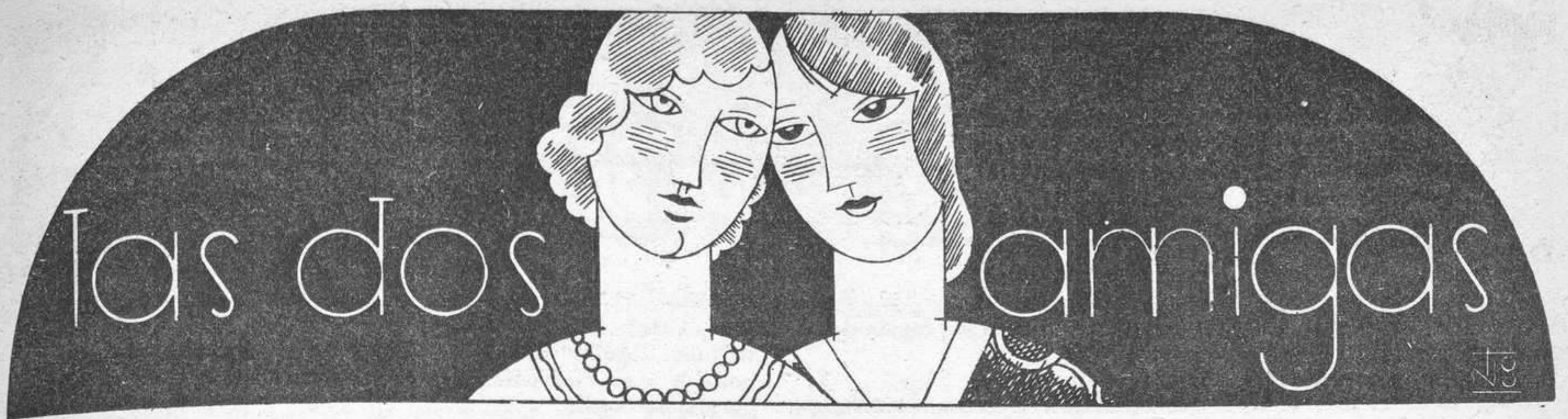
Y la calle y la plaza es recorrida, y la vencida coge un taxi desesperada, mientras que la otra, jadeante, llega a su casa.

Ese traje ya no se puede volver a llevar, piensa *Ella*, ¡todo el mundo lo ha visto ya!

Y por eso, cuando a los pocos días le presentan la factura a *El*, que sigue leyendo en su butacón, le dice al ser interrogada:

—¡Sí, hombre; es de aquel traje del volantito, del traje viejo...! —EDGAR NEVILLE.





NOVELA, por René Le Cœur.

(Continuación.)

para ella. Estaría un poco preocupado por aquella maldita bronquitis, de la que acababa de curarse. Odette preveía todo aquello. Él la llamaría «amor mío» con la tierna entonación del caballero que besó a Ivona Bosio. ¡Amor mío! ¡El amor de Mauricio!

Entrarían juntos en los comedores de los hoteles, y la gente diría: «¡Qué linda pareja!» Pronto se darían cuenta, por su aspecto lleno de ternura y abandono, que eran recién casados. Visitarían los museos. Admirarían los bellos paisajes. Cambiarían impresiones y aprenderían a conocerse mejor. Acabarían por parecerse, porque se amaban. Y cuando regresasen juntos a su propiedad —su propiedad!— tendrían las mismas ideas sobre todas las cosas.

Le haría visitar la casa, la antigua casa blanca, pieza por pieza, y el gran parque. Le enseñaría el bosquecillo, que tomaba ahora en su imaginación: aspecto de bosque virgen; el manzano de la abuela, cuya fruta iba a robar cuando niña, y el palomar ante el cual se ponía a escuchar el arrullo de las palomas que entraban y salían por las ventanitas ojivales. Le haría los honores de aquella propiedad que era suya y estaba llena por completo de sus recuerdos de niña, y le diría: «Es tuya ya, como la joven dueña. Todo, todo es tuyo, Mauricio».

Y él estaría contento. Tendría una buena cocinera, porque a los hombres les gusta comer bien. ¡Se figuraban que no sabía dirigir una casa! Ya lo verían. Saldría muy bien del empeño. Sabría mandar como es preciso. Pondría flores en su despacho. Pasarían el verano en Borgoña. Invitarían a Clara, a la pobre Clarita. Y él, si tenía algún amigo, también le invitaría para la temporada de caza.

En invierno vivirían en París.

Poco a poco su imaginación se fué extraviando, se puso peregrina.

Llega un momento, cuando el sueño se acerca, en que ya no nos damos cuenta de lo que pensamos. Se puso a seguir el movimiento rítmico del tren que la mecía suavemente. Y así, durmióse, siguiendo maquinalmente el ritmo de la marcha.

Eran pueriles, eran ingenuos, eran encantadores aquellos proyectos para el porvenir. ¿Qué muchacha no los ha hecho, en las horas de ensueño, cuando se espera encontrar un novio o un prometido?

¡Si los hombres conociesen el instinto maravilloso, el adorable instinto de ternura, de abnegación, de pasión que tienen todas, todas! ¡Si pudiesen adivinar lo que esperan de ellos, mientras permanecen solteras! Ellos piensan en casarse porque las encuentran bonitas o porque llevan buen dote; porque es preciso poner término en su vida de soltero; porque quieren tener hijos, o porque desean, según los temperamentos o la concepción que se hacen de la vida, reposo, una posición o placeres. No se toman la molestia de estudiar a su futura compañera, que pronto se ve sorprendida, desencantada, desilusionada. ¡Llévala al matrimonio tantas esperanzas, tantas dichas! ¡Claro es que encuentran horas de felicidad! Pero aun en este caso, en el fondo del corazón de todas las mujeres hay siempre un lindo ensueño juvenil que ha muerto...

Despertóse al sentirse transportada a una velocidad vertiginosa. Parecía que las ramas de los árboles se doblaban. Trató de ver la hora, de precisar el sitio en que se encontraba. Adivinó que recorrían la famosa rampa de Dijon. Cerró los ojos, beatíficamente satisfecha y un poco aturdida de sentirse transportada de aquel modo, con la sensación de encontrarse en una montaña rusa.

De nuevo, más tarde, un ruido insólito la despertó. Ivona Bosio tapábase la boca con un pañuelo, y sus espaldas se movían sacudidas por una tos que parecía quebrantarle todo el pecho, y que trataba de comprimir sin conseguirlo. Se enjugaba la frente, que tenía brillante de sudor; alcanzó un saco de mano y lo abrió. Odette distinguió sobre el forro de seda azul del *necessaire* la alineación de frascos de cápsulas doradas y el juego de cepillos de marfil en su funda de cuero. Ivona Bosio se incorporó, bebió un trago de un calmante, y después cayó de nuevo en la cama, como muerta.

Se oía bien en el departamento habitado por aquellas tres mujeres elegantes. Un olor de violeta, de ámbar y de otras esencias despreñadas de los abrigos, de la ropa interior, del pelo y hasta de la misma piel, lo mismo que del saco de mano poco antes abierto, flotaba entre los muros de madera y los cortinajes.

Odette escuchaba el ruido monótono del convoy: tac-a-tac, tac-a-tac. Miró la hora: ¡las dos y diez minutos de la madrugada! No se movió más, permaneciendo extendida con los ojos abiertos.

En la sombra azul se distinguía el rostro pálido de Ivona Bosio.

Odette tuvo miedo de su vecina. No se movía ésta, agotada después del ataque, y se oía su respiración fatigosa.

Luego las cosas, las gentes y los pensamientos se confundieron de nuevo en la imaginación de Odette.

Sorprendióse de pronto al distinguir la luz del día. Se le adivinaba detrás de las cortinillas azules y filtrábase a lo largo de las ventanillas. Acabó de despertarse. Vió a su madre y a Ivona Bosio que seguían durmiendo. Sus rostros estaban fatigados, cambiados, desfigurados. La actriz, sobre todo, ofrecía a la vista una cara terrosa, descarnada, con grandes ojeras moradas bajo los ojos. Odette echó una ojeada al espejo de su *necessaire*. Pensó:

—¡Dios mío, qué mala cara tengo esta mañana! ¡Es el viaje!

Se embadurnó la cara con polvos de arroz; pasó por sus labios pálidos la barrita de pomada rosa, y con un movimiento del peine ahuecó los rizos rebeldes de su gran cabellera.

Al hacerlo se decía:

—Será preciso que compre *ceniza de rosa* para dar un poco de color a mi cara.

Era un producto que entonces estaba de moda y que sustituía el rojo para la mejillas.

Habría terminado su *toilette* cuando las demás se despertasen. Levantóse sin ruido y salió. Tenía prisa de ver los países del sur, porque debían haber llegado seguramente al sur de Francia.

De pie en el corredor, bajó el cristal y asomó la cabeza. ¡Qué sorpresa!

¡El aire puro, el aire ligero, el aire delicioso del fresco amanecer olía a mandarina! Los pequeños olivos plateados y rechonchos que pueblan las llanuras de Provenza corrían ante sus ojos. Las casitas cuadradas, cubiertas de techos de viejas tejas, los setos de grandes palmeras secas, y aca y allá, en medio del campo, las jarras de aceite de barro barnizado, con curvas de ánfora, hacían soñar en la antigua Grecia de los bajorrelieves de los museos, de los libros de historia y de los versos de Teócrito.

Las últimas nubes negras acababan de desgarrarse, de perderse en el cielo puro de Provenza, y del fondo del horizonte subía lentamente la fantástica claridad rosa de la aurora.

Las estaciones se sucedían llevando los lindos nombres de allá abajo, apropiados al encanto meridional. Los recuerdos literarios que nos producen sensaciones más vivas ante los espectáculos de la Naturaleza, llegaban en tropel a la imaginación de Odette. Poblaban las olorosas llanuras. Recordaba las novelas de Alfonso Daudet y los versos de Mistral, Tartarín y Valmajour, el tamborileo, las farándulas y las canciones.

Y seguía asomada sobre todo aquel verde plateado, cuyo picante perfume le subía a la cabeza.

Cuando entró en el departamento encontró a su madre y a Ivona Bosio que acababan de arreglarse. Los afeites, que conocían perfectamente, una por experiencia y la otra por su profesión, les daba un mejor aspecto después de aquella noche en ferrocarril.

Dirigióse hacia el coche-comedor. Por todas partes se veía gente haciendo la *toilette*. Unos con una toalla y una pastilla de jabón en la mano esperaban la vez frente a los lavabos; otros, de pie, en medio del departamento, mirábase al espejo; otros, con el *necessaire* encima de las rodillas, se aplicaban a su restauración y manejaban uno tras otro pequeños objetos de marfil y acero, atareadísimos.

En torno de las mesas, llenas de tazas, había muchos rostros ajados, bolsas hinchadas bajo los ojos, pómulos salientes, labios colgantes, pieles terrosas y llenas de granitos; todas las marchiteces, todas las ruinas del pobre rostro humano, efímero y frágil, aparecían en la alegre claridad de la mañana provenzal.

Los rostros jóvenes, sobre todo, son lamentables en esos casos porque no se tiene la costumbre de verlos tan ajados. Los viejos apenas cambian, porque ya no pueden cambiar mucho. Su despertar ruinoso no sorprende a nadie.

—Clara debería venir a la Costa Azul en su viaje de novios —declaró Odette.

—Si es que se casa; como suele decirse, será difícil de colocar.

—Es inteligente, de buena familia, bien educada. ¡Dios mío! ¿Es qué no hay más que la belleza en el mundo?

—Claro que no. Pero verdaderamente tu amiga tiene poco que agradecer a la naturaleza. Además, ella no es de las que se casan con cualquiera. Me temo que acabe en solterona.

—¡Pobre Clara! Pues yo quisiera casarla.

Odette era tan dichosa de estar prometida, que hubiese querido casar a todas las demás; y añadió:

—Quizá le encontremos un novio en la *Riviera*.

Las últimas horas de un largo viaje en tren son las más penosas. Odette se interesaba en el paisaje. Los olivos desfilaban sin cesar; las primeras montañas alzaron sus crestas violetas.

Y de pronto, en las cercanías de Marsella, una deslumbrante cla-



DOS AMIGAS

(Continuación.)

ridad de plata fundida aparecía allá abajo, por una depresión de las montañas.

—¡El mar! —exclamó alegremente Odette.

Después de Toulon, al acercarse a San Rafael, es cuando empieza el encanto del trayecto. El tren costea el Mediterráneo durante varias horas. Las sombrías pendientes del Esterel, cubierto de bosques, descienden hasta las olas. Luego, toda la costa visible se perfila claramente, recortada hasta el horizonte, sobre un cielo de seda azul. Las bahías abrigan algún pueblecito, soñolientos puertecitos que hacen pensar en cálidas escalas de Levante. Los caseríos, las casas, las blancas terrazas, invadidas, inundadas por las rosas y las enredaderas, parecen colocados en medio de un ramillete; los limones y naranjos son cual gotas de sol entre el verdor de los árboles; en el fondo de una ensenada, las rocas color de ocre, las palmeras, los puntiagudos cactus imponen la visión de una África bárbara; y los promontorios, orlados de plata, cubiertos de olivos, que parecen rebaños de corderos, se suceden unos tras otros, sumergiéndose en un mar de luz.

Odette se había puesto de rodillas encima de la cama, con la cara pegada al cristal. Miraba el paisaje, como cuando era niña; miraba creyendo sentir dilatarse sus pupilas deslumbradas. Palpitaba su pecho. Algo subió hasta su garganta, ahogándola; volvióse y se dejó caer sobre su madre:

—¡Oh, mamá! ¡Qué bonito!

—¿Qué te pasa?

La señora Angerolle permanecía asombrada, un poco extrañada, algo inquieta. Odette había vivido por largo tiempo sola, tranquila, sin expansión alguna. ¿Qué significaban, qué presagiaban aquellos impulsos súbitos y aquella exaltación?

La joven volvió a su asiento.

El sol, ya en lo más alto del cielo, vertía sus rayos sobre aquella comarca encantada; hacía brillar las olas, las blancas casas, calentaba el aire perfumado, olía a flores. Y las rosas heridas caían de las balaustradas.

Se acercaba el término del viaje. Ante la linda viajera maravillada, cada bahía se abría como una caja de joyas, encerrando una deliciosa sorpresa: Agay y sus rocas rojizas; Theonle y su torre sarracena, y Cannes y sus cascadas de villas en medio de jardines de paraíso; Niza la Bella y sus horizontes espléndidos; Mónaco y un formidable espolón verde que corona soberbiamente las espilleras del castillo de los Grimaldi...

—¡Mamá, qué feliz soy! —exclamó Odette.

Era la prometida de un hombre, que pronto volvería a ver, y a quien amaba; sabía que era bonita; poseía todo lo que la fortuna puede proporcionar y llegaba, en una mañana radiante, al país del cual ha dicho Alfonso Karr que «no hay que ir si no se puede volver». ¡Y no sabía cuántas preocupaciones, penas y catástrofes oculta la vida detrás de cada una de las dichas que, avara, nos otorga!

Con alegre apresuramiento preparó el equipaje de mano en cuanto llegaron a Montecarlo. ¡Cuanto más largo ha sido el viaje, más pronto se cogen las maletas al acercarse el final de aquél, con la prisa de abandonar el vagón, de andar, de encontrarse en pleno aire!

El señor Angerolle esperaba en el andén. Abrazó a su esposa y a su hija. Odette sorprendió la ojeada inquieta y tierna de su padre cuando le preguntó:

—¿Te ha fatigado el viaje? ¿Cómo te encuentras?

—Muy bien, papá.

Y era verdad. Sentíase nerviosa por el placer y la curiosidad. No experimentaba cansancio alguno. Preguntó:

—¿Y la villa, papá? ¿Cómo es la villa?

—La verás en seguida.

—Renovó la pregunta dentro del coche.

—He tenido que tomar lo que había —declaró el antiguo abogado, con el rostro picaresco del que quiere dar una sorpresa—. No sé si os gustará. La mayor parte estaba ya alquilada. La gente del país dice que la temperatura será excelente para ellos. Hay dos veces más gente que el año pasado.

Odette contempló ávidamente la coquetona ciudad. Atravesaron los célebres jardines, siguieron la calle llena de tiendas de la ciudad nueva, las calles tan mal pavimentadas de la ciudad vieja, poblada de pilluelos, morenos y descalzos; encontraron el mar al llegar al muelle de Garavan. Y se detuvieron ante una linda villa, rosa, toda color de rosa, con ramas de almendros en flor pintadas en las paredes.

—¡Oh! ¡Qué bonito! —exclamó la joven—. Debieras comprarla para Mauricio y para mí...! ¡Papá! ¡Papaíto! ¡Quisiera pasar aquí toda la vida!

XIII

El muelle de Garavan que costea el mar se desarrolla entre la ciudad vieja y la antigua frontera italiana.

La nueva frontera se encuentra más lejos. Esto se debe, según parece, a una historia del Obispado. Ha sido preciso hacer retroceder el límite del territorio, porque la diócesis desbordaba de un

país al otro. El prelado extendía su jurisdicción hasta el territorio italiano. Resultaban de ello dificultades administrativas. El mapa político y el eclesiástico no estaban de acuerdo. Fué el poder temporal quien cedió.

El muelle, plantado de plátanos, llega hasta la antigua frontera. A un lado y a otro se levantan casas particulares y hoteles que pueblan la bahía de Garavan, cuyo aire es el más templado de toda la costa.

El señor Angerolle había alquilado, casi en el centro de la bahía, la villa Miramar. Era una casa grande de un solo piso, con una galería en medio, cubierta, retirada entre dos cuerpos de edificio. Coronaba toda la casa una terraza embellecida con una pergala. Así es que la casa rosa, con ramas de almendro, se encontraba cubierta de una caperuza de flores.

La galería tenía el techo sostenido por vigas aparentes y una cornisa de ladrillo, según el gusto italiano. El jardín tenía elevados árboles. ¡El sol, al salir, convertía los muros rosa en color de aurora!

Odette visitó su nueva casa de invernante. Los muebles eran de esmalte blanco, de arce barnizado o de bambú, de un estilo japonés de almacén de novedades. Ligeras cretonas guarnecían la mayor parte de las sillas.

La alcoba de Odette se componía de una cama de cobre, de un armario de espejo, de una mesita y un tocador de arce barnizado. Las cortinas y el edredón americano eran de color de naranja. Un friso decorado de hojas de acanto corría a lo largo del techo pintado de nubecillas azules y blancas.

—¡Qué cosa más rara —exclamó—. ¡En París, esto parecería de mal gusto, y aquí, resulta bonito y alegre! ¡Me parece que voy a encontrarme muy bien en este cuartito!

Vió la *chaise longue* forrada de terciopelo color de naranja y colocada junto a la puerta-ventana que daba sobre la terraza, y después contempló el paisaje; a la izquierda, Italia, las montañas grises estratificadas y la costa extendiéndose hasta Bordighera, cuyo blanco espolón sumergíase en la luz; a la derecha, la ciudad vieja de Menton, el pequeño puerto tranquilo, las casas en graderías, unas sobre otras, y dominadas por un campanario de tejas barnizadas, y más atrás aún el fúnebre perfil de un bosquecillo de cipreses.

—¡Oh! —exclamó—. Parece un cementerio.

—Es el cementerio, en efecto —contestó su padre.

Apoyóse contra la balaustrada de la terraza y miró a lo lejos, con la idea de habituarse a aquella decoración en la cual debería vivir durante varios meses. Añadió:

—¡Es bonito!

Después quiso ayudar a Sabina a deshacer el equipaje, y hasta tuvo por un instante la idea de salir para visitar en seguida la ciudad.

Pero como las primeras brumas de la tarde subían del mar, Odette se sintió invadida por una gran fatiga y fué a tenderse en la *chaise longue*. Tenía fiebre. Acabó por dormirse, agotada, después de aquel penoso viaje.

Despertóse en la oscuridad, con la sensación de encontrarse aún en París. Después, recordó de repente el viaje, el mar deslumbrador y la villa color de aurora. Levantóse. No encontró el timbre ni los conmutadores. Fué a tientas, entre los muebles desconocidos. Por fin pudo alumbrar la habitación. Vió de nuevo los cortinajes naranja, la cama de cobre, el tocador ya recubierto de un tapete y lleno de cepillos y frascos. Llamó a Sabina para que le preparara un baño.

Se habló de los incidentes del viaje, de Ivona Bosio. Los periódicos del país anunciaban su llegada y la de Su Alteza Real el Príncipe de Tesalia. El señor Angerolle había comprado la *Cote d'Azur*, que publica la lista de los extranjeros distinguidos, con la dirección de su hotel o de su villa. Es una fórmula de cortesía, una especie de honor que les dirigen los redactores de los periódicos locales; en una palabra, un modo de expresarse; publican también la lista de las diversiones de la semana y los nombres de los generosos donantes. Porque en la Riviera se abren muchas suscripciones.

Odette dijo:

—¡Si fuésemos al Casino esta noche!

La señora Angerolle lanzó grandes gritos:

—¡Pero estás loca!, ¡después de un largo viaje y en tu estado de salud quieres ir al Casino! Ya sabes lo que dijo Bourgagne.

Insistió, diciendo que aún no estaba acostumbrada a la casa. No tenía sus cosas a punto.

Las maletas estaban casi sin deshacer, no tenía nada a mano, ni libros, ni música, ni una baraja para distraerse.

Se sentía con una fuerza pasajera; tenía ganas de salir, de ir al teatro, de oír cantar, de bailar.

La señora Angerolle declaró categóricamente:

—¡No! No saldremos; no saldrás esta noche. Nos acostaremos temprano. Has dormido antes de comer; pero yo he arreglado las cosas con Sabina y estoy molida.

Y como Odette hiciese una mueca, añadió:

—Mañana, si te encuentras bien, visitaremos la ciudad.

(Continuará en el número próximo.)

MUJER tiene siempre espacio reservado para honrarse publicando cuantas producciones literarias le envíen sus lectoras.

Conquista defraudada.

Pues, si señor; ocurrió cierto día que al salir María Socorro de su taller, como otras muchas veces, hizo su conquista; con el rabillo del ojo observó al que la seguía; no quedó disgustada de su examen: alto, moreno, lo que se dice un buen mozo; la muchacha se dijo:

—Hoy estoy de suerte, pues a lo mejor la sigue a una cada birria... Este no está mal.

Como si Rafael, que así se llamaba nuestro hombre, hubiera oído el comentario de la jovencita, repentinamente se acerca y le dice:

—Señorita, si usted me permitiera ir a su lado...

—Pues hijo, ¿tan mal le va a usted por ahí detrás?

—No se burle, por Dios, se lo suplico.

—Vaya, hombre, para que no llore usted. Y ahora, ¿qué tiene usted que decirme?

Así pudo lanzarse Rafael a soltar al oído de la muchacha todas cuantas frases amorosas se le iban ocurriendo; la verdad es que, a su juicio, no mentía, se encontraba subyugado por las gracias de la muchacha. Esta, en cambio, le escuchaba distraída y desconfiada. ¿Qué observó en el rostro de una mujer, que venía en sentido contrario a ellos, al momento de entrar por la Cibeles en la Castellana? El caso es que interrumpe a su admirador, y le dice:

—Caballero, póngase en guardia y sálvese como pueda...

—Pero...

—Nada, nada; que sólo quedan unos metros; levante la vista; he querido ser compasiva con usted y evitar un espectáculo.

Apenas tuvo tiempo de balbucir:

—Gracias, muchas gracias, mañana...

Se separó de María Socorro, y, como quien pasea tranquilamente, gira sobre los talones, al propio tiempo que le alcanza Matilde, la que fuera de sí, exclama:

—¡Ah! ¿Cón que te dedicas a ir de conquistas? Yo pensé que al casarnos dejarías ese... sport.

—Pero, mujer, como siempre, ya te metes en honduras, para nunca acertar, que es lo malo.

—¿Tendrás la desfachatez, entonces...?

—Mira, chica, eres inaguantable; por última vez en mi vida te voy a dar explicaciones; pero tú te lo pierdes: pensaba sorprenderte para el día de tu santo con un regalo de tu gusto, y se me ocurrió adquirir aquel traje, del que te habías encaprichado en tu última visita a Madame X. Me encontré por casualidad con esa muchacha, que es oficiala de su taller; lo sé porque la recomendé a dicha señora, y para evitarme la molestia de ir, la estaba preguntando si lo tenían, y diciéndola que hablara a madame para que me recibiera en cuanto fuera.

—¿Será eso verdad?... Perdóname, he sido injusta.

—Pues bien: ahora, en castigo, te quedas sin regalo.

—Rafael, no serás tan malo.

—Lo dicho: por lo menos, del traje no vuelvo a ocuparme.

Silenciosos llegaron a su piso de la calle de Ayala, nido de amor cuando no había tormenta, como hoy. Pasó el día Matilde arrepentida y hasta avergonzada de su conducta. Rafael, taciturno y pensando qué explicación daría a su nueva conquista, que ni por un momento se le ocurrió abandonar.

Al día siguiente corrió a esperar a María Socorro. ¡Bah! Ya se inventaría cualquier cosa para disculparse de lo ocurrido; pero cuál no fué su sorpresa al ver que ella, muy amable, le tiende la mano, le sonríe, iniciando conversación que continúa todo el trayecto. El, alentado por tan inesperado recibimiento, le declara su pasión, y cuando más entretenido estaba...

—Oiga, oiga, pare usted ya; hoy me toca a mí, también ahí muy cerca, sólo a unos metros, me esperan.

—¿A usted? ¿Quién?

—Pues mi novio; déjeme sola, y si quiere cerciorarse, venga detrás; le traje a usted por estas calles porque él sale de su oficina ahí mismo; así, pues, ha sido usted tan amable que me ha conducido a su lado; abur, ¡ja, ja, ja!...

Así, María Socorro marchó riendo y quedó vengada, al mismo tiempo que Rafael escarmentaba castigándose a sí mismo, pues muchas veces recordó a la chiquilla traviesa que le jugó tan mala pasada.

LESSEAN.

La despedida.

En el oscurecer de una tarde de setiembre, mirarlos; él, fingiéndose alegre, mucho más alegre de lo que en realidad está, tiene que despedirse todavía de su madre; si no fuera por ésta y por su Chuni, que ahora, llegado el momento de la separación, le mira con sus ojos azules muy abiertos y sin atreverse a decir ni una sola palabra, Manolo marcharía contento a seguir su vocación militar.

Han llegado a la puerta de la casa de Chuni; definitivamente deben decirse adiós. Escuchadlos:

EL.—Yo lo que no quiero es que tú te quedes triste; estaré en Africa muy bien, sin duda, tan bien como he estado hasta ahora en mi destino de Alcalá.

ELLA (casi llorando).—Sí; pero estaremos más lejos... Cuéntame todo lo que allí hagás.

EL.—Ni un solo día dejaré de escribir a mi Chuni, a ti, que es lo que yo más quiero; pero ¿qué es eso?, a ver, mírame. (Trata de encontrar la mirada, que ella oculta volviendo la cabeza; por fin se miran, sus ojos se encuentran y surge la promesa.) En seguida que yo regrese de Africa nos casaremos, y ya no nos separaremos nunca, ¿quieres?

ELLA.—Ahora debemos pensar en lo que está más próximo: ¿quieres darme un gusto?

EL.—Ya sabes que yo hago todo lo que tú quieras.

ELLA.—Bueno; pues toma y ponte este escapulario (se lo quita), y estas medallas; no te olvides de rezarles todos los días, aunque sea poco; pero algo.

EL.—Repartiré el tiempo libre en rezar eso que tú me dices y en escribirte, aunque no sea más que para decirte que sigo bien y que me acuerdo de ti. Y ahora, adiós; yo vendré a verte siempre que me sea posible; tú sé buena y no te quedes triste; no me pasará nada; ya verás como nada ni nadie impide que realizemos nuestros planes.

ELLA.—Cuidate mucho, y cuando estés triste acuérdate de lo bien que lo hemos pasado este verano en Santander, haciendo proyectos. Yo pediré a Dios por ti todos los días, y confío que El te traerá otra vez a mi lado para que seamos muy felices.

EL.—Bueno, adiós, (se despide de la señora y las dos niñas que los han acompañado); ya te he dicho que yo me voy contento, y que tú debes estarlo también, puesto que esta separación, que ahora te entristece, es el camino para llegar a lo que deseamos.

ELLA.—Sí, todo lo comprendo; anda, vete, que tienes que despedirte todavía de los de tu casa, que también desearán tenerte con ellos un rato; esta tarde hemos estado un poquito egoístas.

Se estrechan largamente la mano en silencio y ella sin mirar; por fin se sueltan, y entra ella en casa; al momento se asoma al balcón y le hace adiós con la mano. Entra, y llorando todo lo que no quiso llorar delante de Manolo, cae en una butaca.

PIBITA.

El Girasol.

SONETO

Aurivoro tenaz, amante obseso,
que al sol radioso en la azulina esfera,
sigues constante en su triunfal carrera
y, avaro de su luz, guardas el beso.

De los fulgores del amado preso
vives, ardiendo en la perenne hoguera;
tu corazón, sediento, reverbera,
como la joya de un fastuoso Crespo.

Al morir, con el sol, la luz del día,
comienza, con su ausencia, tu agonía.
Y eres tan fiel adorador del astro,
que, al doblegarse tu cabeza de oro,
cae la semilla en rutilante lloro
y en la tierra, su brillo, deja un rastro.

LINA TAGORE.
Valladolid.

Cuento breve.

En el balneario donde estoy hay una chica muy guapa, que está siendo el éxito de la temporada. Tiene unos ojos negros, rasgados, muy bonitos y un tipo monísimo; sus andares son graciosos, aunque un poco afectados. Está con su madre, una señora bien vestida, pero poco distinguida; y con su padre, hombre simpático y bonachón, pero francamente ordinario. El pobre tiene la monomanía de ir dando golpecitos en la espalda, con mucha familiaridad, a todo bicho viviente, y de hacer preguntas a cual más indiscretas, por lo que su mujer, y sobre todo su elegante niña, pasan ratos malísimos y hacen todo lo posible por alejarle de la gente. Susurra ésta con su indiscreción habitual que el señor Ballestero (que este es su nombre), ha pasado muchos años de su vida detrás del mostrador de una tienda de ultramarinos, a la que debe su fortuna y el haber podido educar a su hija en un colegio de lujo.

Es el caso que esta mañana, estando comiendo, ha entrado en el comedor un botones, anunciando que acababa de llegar la hermana del señor; y como mi mesa está al lado de la suya, he podido presenciar una divertida escena familiar. Se trataba de convencer a don Cleopatro de que a todo trance había que evitar que la visitante estuviese en el hotel un momento y la viesan los bañistas. (Por lo visto, no era un dechado de elegancia.) Al fin, D. Cleopatro ha condescendido un poco, tristemente, y la hija se ha apresurado a salir para entretener a su tía, fuera; pero tal ha sido su apresuramiento, que en la mitad del comedor ha resbalado y se ha caído toda larga. Los más próximos se han levantado para ayudarla; pero ya no ha habido necesidad. Muy corrida, y roja como un cangrejo, ha vuelto a sentarse, y he oído cuando el señor le decía, entre irritado y guasón: «Preferible era que hubieran visto a la tía Petra, que no lo que han visto».

SAM.

CONCURSOS

Este concurso consiste en relatar un bueno y un mal recuerdo (lo pasado) de vuestra vida. En declarar cuáles son vuestras preferencias y antipatías (lo presente). Y en describir un deseo y un temor (lo futuro).

Las respuestas deben venir escritas a máquina o con letra muy clara, por un solo lado del papel y firmadas con un nombre o seudónimo. En este último caso, sería conveniente, pero no lo exigimos, conocer el nombre y señas de la autora, por si resultase premiada.

Nuestro segundo concurso consiste en que las lectoras expliquen, definan o aclaren, el concepto de la palabra flirteo.

Publicaremos todas las respuestas ingeniosas que recibamos, y, para las mejores, concederemos importantes premios.

Para más detalles de estos concursos, véanse los números 1 y 2 de MUJER.

LO PASADO :-: LO PRESENTE :-: LO FUTURO

1. Un buen recuerdo: No le tengo. Tan unidos están todos a las amarguras de mi vida, que es imposible separarlos.

Un mal recuerdo: De estos hay muchos en mi existencia; pero acaso el peor sea el del abandono de que fui objeto por parte de él. ¿Acaso tiene la mujer recuerdo más doloroso que el de la última carta del hombre a quien amó y en quien cifró su ventura?

2. Mis preferencias: Son para el amor en todas sus manifestaciones. El ser que ama es noble y bueno. De aquí, mi simpatía por el amor, base de la humana perfección.

Mis antipatías: Me son antipáticas muchas cosas: el pollo «bien», el cogote rapado, la visita molesta y, sobre todo..., el hombre que jura amor a una mujer y luego la abandona sin motivo y..., lo que es peor, sin mediar explicación alguna.

3. Un deseo: Quisiera constituir un hogar feliz, recluirme en él y vivir siendo compañera amantísima y madre ideal. ¡Debe ser tan dulce hacer felices a los seres que rodean a una!

Un temor: Que no llegue a ser comprendida nunca y que mis ilusiones queden truncadas, y, sobre todo, temo exponer mi manera de pensar, porque en estos tiempos en que se procura ocultar el amor como una cosa que denigra, me llamarían cursi, romántica y ¡qué sé yo qué cosas! Además de que se burlarían de mí. Tengo seguridad absoluta.

SOR MARÍA DEL MARTIRIO Y DEL DOLOR.

1. Un buen recuerdo: La correspondencia que sostuve con un joven que no conocía.

Un mal recuerdo: La rotura de ésta.

2. Mis preferencias: Sostener correspondencia con personas de pensamientos elevados.

Mis antipatías: Hacia las personas llenas de materialismo y por todo lo feo.

3. Un deseo: Que el joven con el cual rompí la correspondencia me vuelva a escribir.

Un temor: Que me haya olvidado por completo.

ROSA ROJA.

1. Un buen recuerdo: La primera sonrisa de mis hijos.

Un mal recuerdo: El último beso que di a mis hijos después de muertos.

2. Mis preferencias: Las flores, los buenos libros; todo lo bueno.

Mis antipatías: Todos los vicios, los hombres que hablan mal de la Religión y que hablan mal de las mujeres en general.

3. Un deseo: La paz en las conciencias, en las familias y en todo el mundo.

Un temor: No acertar las soluciones de los problemas que publica MUJER.

VIVA ESPAÑA.

Pego.

1. Un buen recuerdo: El primer baile a que asistí.

Un mal recuerdo: El pisotón que me dieron.

2. Mis preferencias: Un lindo traje.

Mis antipatías: Un sombrero ridículo.

3. Un deseo: Triunfar.

Un temor: No conseguirlo.

FRÍVOLA.

Barcelona.

1. Un buen recuerdo: La primera palabra de amor que escuché.

Un mal recuerdo: Mi primer desengaño.

2. Mis preferencias: Una galantería.

Mis antipatías: Un piropo de mal gusto.

3. Un deseo: Ser amada.

Un temor: No ser comprendida.

ONYX.

Barcelona.

1. Un buen recuerdo: La toma de Axdir.

Un mal recuerdo: La derrota de Annual.

2. Mis preferencias: Por todo lo español.

Mis antipatías: Hacia los que denigran a mi patria.

3. Un deseo: Ver a España en el lugar que le pertenece.

Un temor: Que no se realice mi deseo anteriormente expuesto.

PEPITA MORENO.

Barcelona.

1. Un buen recuerdo: El día de mi primera comunión.

Un mal recuerdo: La muerte de mi mamá, que me ha privado de sus caricias.

2. Mis preferencias: Jugar en el campo, las flores y los pajaritos.

Mis antipatías: Son muchas; aborrezco a las personas de mal corazón que maltratan a los animalitos y también a las niñas hipócritas.

3. Un deseo: La felicidad de mi familia, y no separarme nunca de mi papá; ¡le quiero tanto...!

Un temor: Vivir alejada de mi papá y de mis hermanos.

ETERIA GARCÍA.

Toledo.

1. Un buen recuerdo: Yo le gusté, me quiso conocer, iba mucho conmigo, más a mí no me gustaba, no sentía más que el poquitin de simpatía que siente la mujer por quien se ve amada; no me gustaba él, pero otro sí; era a otro a quien yo quería, pero a éste no le conocía más que con los ojos...; más con toda la alegría que dan de sí unos diez y seis años no se tiene formalidad para una cosa tan seria; en vez de ser todo ilusión como yo creía, no fué más que peleas, y llegó a quitármese la ilusión y el cariño, y ahora era cuando sentía con toda mi alma el haber despreciado al primero, siendo como es que ahora me gusta tanto.

2. Mis antipatías: El segundo y mi noviazgo con él.
Mis preferencias: Prefiero al primero, pues cada vez me es más simpático.
3. Un deseo: Deseo que me vuelva a hacer el amor el primero, pues al ver lo que ha mejorado en un año, me doy cuenta que es a éste a quien amo.
Un temor: Que no vuelva ninguno.

BANANAS.

1. Un buen recuerdo: Nos gustábamos mutuamente. ¡Qué noches más deliciosas he pasado con sus miraditas! ¡Me gustaba tanto que me mirase! Pero mi mayor alegría fué cuando en un baile otro chico me habló de él. ¡Ay! ¡Qué cosas me dijo! Me dijo que me quería conocer y que le gustaba yo muchísimo! Por fin me enteré. ¡Qué alegría! ¡Ya supe que él me quería! Desde entonces bendigo mil veces al simpaticón que me dió la noticia.

Un mal recuerdo: ¡Qué tristeza! Me enteré que lo habían destinado lejos, muy lejos; y, con lágrimas en los ojos, no hago más que pensar si se acordará de mí.

2. Mis preferencias: Los bailes; y más cuando me dan alguna noticia de estas.

Mis antipatías: Por los malditos destinos cuando los separan de nosotras.

3. Un deseo: Que no me olvide y que vuelva a verme.
Un temor: Que ya no se acuerde ni del santo de mi nombre.

OJOS NEGROS.

1. Un buen recuerdo: El día que me pretendió el hombre que hoy quiero.

Un mal recuerdo: El día que vi a mi madre enferma.

2. Mis preferencias: El cine.

Mis antipatías: Los pollos «güirris».

3. Un deseo: Casarme a los veinte años de edad.

Un temor: Que se lleven a mi novio a la guerra.

LOLA.

Madrid.

1. Un buen recuerdo: El día que conocí al hombre que hoy quiero.

Un mal recuerdo: La muerte de mi hermano.

2. Mis preferencias: La lectura y Revista MUJER.

Mis antipatías: La guerra.

3. Un deseo: Casarme.

Un temor: La muerte de mi madre.

CAROLINA.

Madrid.

1. Un buen recuerdo: Los besos de mi madre.

Un mal recuerdo: La muerte de ésta.

2. Mis preferencias: Ser enfermera de un hospital de sangre.

Mis antipatías: Los hombres afeminados.

3. Un deseo: Si me caso, ser feliz.

Un temor: La muerte de la persona que hoy más quiero.

MARGOT.

Madrid.

1. Un buen recuerdo: Mi corazón es un relicario en donde duerme el pasado.

¡Cuántas cosas dulces adormecen mi alma inquieta!

Un mal recuerdo: ¡Cuántos casos tristes lloran en mi memoria! Todo está allí humilde y fiel.

2. Mis simpatías: Prefiero el hogar porque a él acuden todos mis seres queridos, la tranquilidad y la elegancia.

Mis antipatías: Me son antipáticas todas aquellas personas amigas de la fatuidad, del boato, y compadeczo a algunas infelices, que todo quieren saberlo y se las apellida... sabihondas.

3. Un deseo: Que me quieran mucho.

Un temor: Que no se realicen mis sueños, que son... los ideales de la

INGLESITA.

Toledo.

1. Un buen recuerdo: La carta sinceramente cariñosa del hombre que yo juzgué digno de poseer todo mi amor.

Un mal recuerdo: El día que murió mi madre y quedé niña aún sin una persona que velase por mí con un cariño capaz de mitigar el inmenso dolor de su ausencia.

2. Mis simpatías: Me apasiona todo lo bello donde quiera que lo halle, y, principalmente, la Literatura y las Artes.

Mis antipatías: Nunca he podido simpatizar en lo más mínimo con lo vulgar y grosero. ¿Qué voy a hacer, si me son, sencillamente, detestables?

3. Un deseo: ¡Tengo tantos! El primero, es encontrar un corazón leal y firme que se arriesgue a cruzar conmigo el áspero camino de la vida y me ayude a separar las espinas que podamos encontrar.

Un temor: Y es... que los pesares que me estén reservados turben alguna vez la dulce quietud de mi alma, haciendo desaparecer su grata serenidad, que me permite mirarme en su fondo como pudiera hacerlo en un plácido lago.

PIMPINELA.

Madrid.

Traducción de la palabra inglesa «flirt», y, según un diccionario inglés-español que tengo a la vista, coqueteo. Ahora bien: ¿qué es coqueteo? Sigamos con diccionarios: El de la lengua denomina a la coquetería o coqueteo a defecto, vicio y cualidad de las coquetas. Vicio y cualidad, es decir, bueno y malo. Como las armas, que sirven para atacar o defender, hieren, matan, y según su empleo pueden ser nocivas y beneficiosas.

Hasta aquí tenemos una definición teórica; pero, y en la práctica, ¿qué es flirteo? Miradas, sonrisas, desdenes, concesiones, encantos femeninos y diabluras de mujer, puestos al servicio de un deseo de agradar y conquistar un corazón masculino.

Campoamor, en una de sus humoradas, dice que amor es:

«... lo que no sé explicar cuando te canto,
lo que yo sé sentir cuando te veo.»

Pues bien: muchas niñas bien podrán decir remedando al poeta:

«lo que yo sé emplear cuando le veo,
y no sé definir; eso es flirteo.»

MAMI.

A mi entender, el flirteo empieza en broma y acaba en veras. Después de seis meses de estar juntos, mañana, tarde y noche, Juanito de la C. a Nita S. «Por Dios, Nita, comprende que en este plan no podemos seguir, me tienes que querer, ya ves, la gente cree que somos novios, además yo ya te quiero muy diferentemente que antes.» «Pero Juan, no digas disparates; ¿tú sabes la diferencia que hay de aquí a ser novios, y más que en nuestro plan no tiene que entrar cariño para nada; además, no me dejan tener novio porque soy peque». Un mes más tarde. Nita entre un sollozo y dos lágrimas: «Juan... así no... podemos seguir...», pues al fin entró mi cariño en nuestro plan.»

Unos días después se hacen preparativos para una boda.

Así creo yo que termina el flirteo.

PRESUMIDA.

Una manera cómoda y entretenida de pasar el rato, agradable desde luego para las mujeres, toda vez que por él conocen al hombre y gozan al pensar que éste no las ha conocido a ellas. ¡Tenemos tantas conchas!...

Considero también al «flirt» como una especie de exámen de conveniencia, que trae a veces como resultado final el envolver al hombre en las mallas del amor.

Una que dice como el baturro: «El que buenamente quiera picar, que pique».

X.

GUADALUPE GARCÍA MARCO.—Su definición del flirteo no es publicable en esta revista; lo sentimos. Mándenos otra y la daremos con mucho gusto.

PASATIEMPOS

GRAN CONCURSO DE PALABRAS CRUZADAS ILUSTRADAS

PREMIOS

por
Pesetas **1.000** en
metálico

- 1.º =500 pts.=500 pts.
- 2.º =200 pts.=200 pts.
- 3.º =100 pts.=100 pts.
- 4.º a 7.º = 25 pts.=100 pts.
- 8.º a 17.º =10 pts.=100 pts.

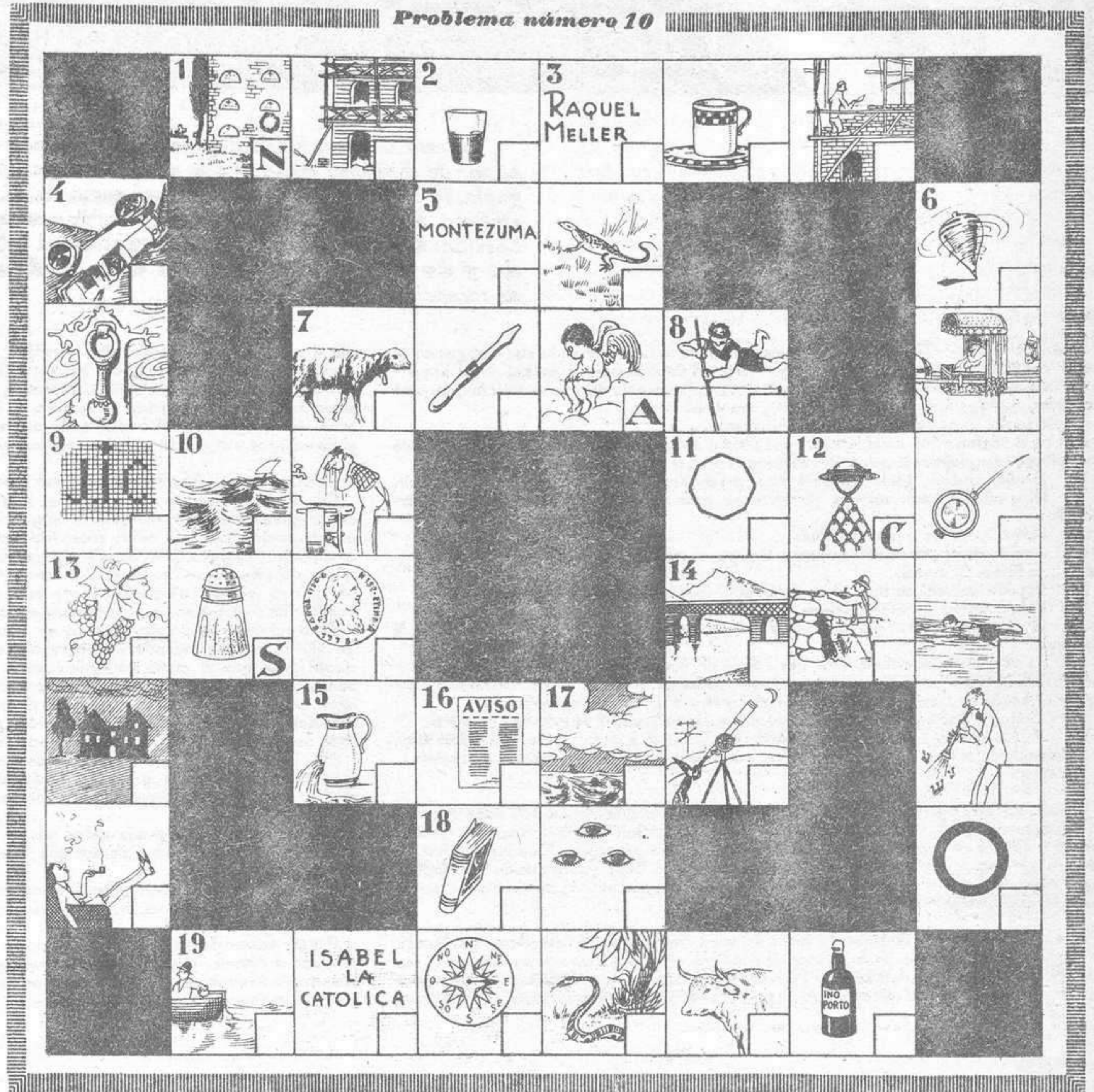
Total 1.000 pts.

El entretenido pasatiempo de las PALABRAS CRUZADAS, difundido por el mundo entero con inusitada rapidez y éxito sin igual, consiste en una figura (rectangular o no) hecha con cuadrados blancos y negros. Los blancos corresponden a letras que forman palabras. Los negros son puntos de división entre unas y otras palabras. Hasta ahora se daba como orientación para buscar las palabras una alusión a su significado, hecha no sólo con deliberada vaguedad, sino con propósito de despistar o dificultar la solución. Decíase, por ejemplo: «Se usa para pescar», y la palabra resultaba ser MANO, que, en efecto, se usa para pescar, y también para dar energicos puñetazos... Por primera vez en España damos nosotros las PALABRAS CRUZADAS ILUSTRADAS. En ellas cada cuadrado contiene un dibujo representando un objeto cuya primera letra corresponde con la del cuadrado mismo. Trátase, pues, de adivinar qué representan los dibujos contenidos en los cuadrados y de ir colocando las letras correspondientes en los cuadraditos en blanco colocados a la izquierda de cada cuadrado.

Las letras deben formar palabras no sólo en sentido horizontal, sino en el vertical también.

Las palabras empiezan siempre en un cuadrado de esquina o desde un cuadrado numerado. Terminan siempre en un cuadrado de esquina o en un cuadrado negro. Nunca una palabra continúa de una línea a otra.

Sólo van sin número aquellos cuadrados que encierran en sí toda la palabra. Para facilitar la solución, se indica en algunos cuadrados la letra que les corresponde. Se advierte que entre estas palabras cruzadas hay a veces algunas abreviaturas muy conocidas como: S. M. - Pts. - R. A. - R. O. - etc.



Condiciones del Concurso

1.º Consta de catorce problemas que se publicarán simultánea y semanalmente en MUJER y en CHIRIBITAS, revistas ambas de la Editorial «Saturnino Calleja», S. A. El Concurso es único para las dos revistas, pero basta con ser lector de una de ellas para poder tomar parte en él. El mismo problema se publicará los miércoles en MUJER y los sábados en CHIRIBITAS.

2.º La solución de cada problema se escribirá en los cuadrillos blancos que hay para ese objeto a la izquierda de cada cuadro grande.

3.º Las catorce soluciones se enviarán juntas al final del Concurso. Las que se envíen sueltas serán desechadas.

4.º Cada lector podrá enviar una o varias series de soluciones a los

catorce problemas si encuentra varias que se ajusten exacta o aproximadamente a los dibujos publicados. Si envía varias lo hará en sobres separados.

5.º Un concursante no podrá obtener más de un premio.

6.º Las soluciones se habrán de escribir con claridad y precisamente sobre el dibujo recortado de una de las dos revistas MUJER o CHIRIBITAS. Las que se reciban confusas o hechas sobre calcos, etc., serán desechadas.

7.º Los premios serán adjudicados en todo caso; si nadie envía soluciones completamente exactas, los premios serán—por su orden—para aquellos cuyas soluciones se aproximen—por su orden también— a la exactitud. En cambio, si hubiese varios concursantes que enviaran todas las soluciones exactas o con igual aproximación, el premio se dividirá o se

sorteará, según lo que, a juicio del Jurado, proceda, en vista de la cantidad y circunstancias de los concursantes cuyas soluciones coincidan.

8.º Los nombres de los premiados se publicarán en MUJER y en CHIRIBITAS tan pronto como se hayan podido clasificar las soluciones recibidas.

9.º El plazo para enviar las soluciones caducará dos meses después de publicado el último problema.

10.º No se mantendrá correspondencia acerca de este Concurso. Tomar parte en él supone someterse a sus condiciones y renunciar a toda posible reclamación.

11.º Ningún redactor de CHIRIBITAS ni de MUJER, ningún empleado de la Editorial «Saturnino Calleja» podrán ser premiados en este Concurso.

JEROGLÍFICO HISTÓRICO

NOTA 6 + 6 = 12

NOTA 6 + 6 = 12

500

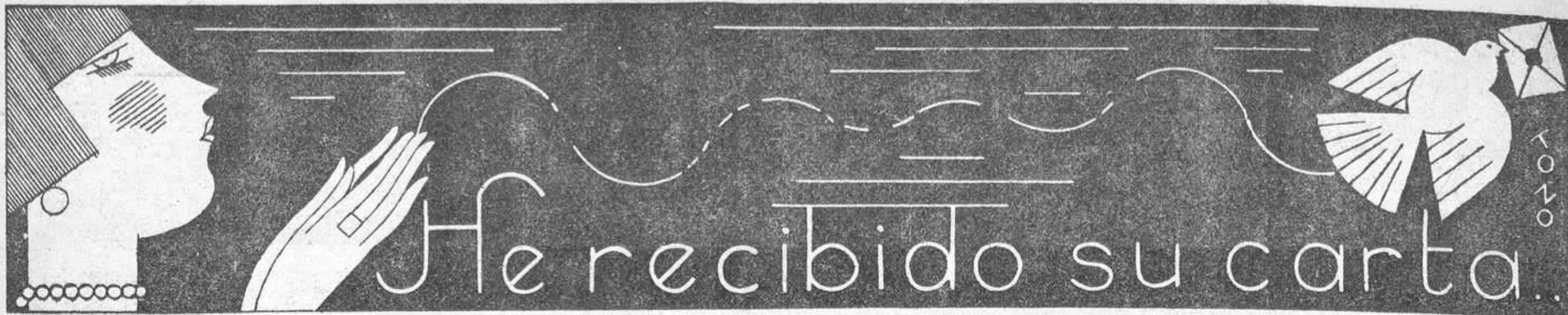
EL PLANTA

CHARADA CON DOS SOLUCIONES

He aquí una charada: Mi 2.ª-1.ª es un mono; la 2.ª, es nota musical, y mi primer TODO expresa lo que ha hecho una persona que haya usado mi TODO segundo.

Luego ¿tiene dos sílabas?

No; la tercera es doble, una por solución, y es agradabilísimo oírla cuando se 3.ª el 3.ª limpiamente en la ópera.



En esta sección, **MUJER** contesta a cuantas preguntas le hagan sus lectoras el honor de dirigirla, respecto a la moda, el hogar, los cuidados de la belleza, la pedagogía, la cocina, la puericultura, así como la vida cultural, sentimental, etcétera. Estas consultas deben dirigirse por carta a la redactora encargada de esta Sección: **Carmen de Avila, Redacción de MUJER, Revista del Mundo y de la Moda. Apartado 447, Madrid. Se contesta por riguroso orden de recepción.**

MUSA DE FUEGO.—Tiene usted pero que muchísima razón, y yo le alabo el gusto; la mujer espátula resulta tan antiestética —pese al falso concepto actual de la línea— como la mujer gruesa; además, al adelgazar excesivamente, se vuelve una fea, de ojos hundidos, nariz grande, carnes flácidas y tez amarillenta.

Por lo tanto, ¡a engordar!; pero no demasiado, ¿eh?
Ahí va el régimen tan amablemente solicitado, si bien no me atrevo a responderle de que influya especialmente sobre determinadas partes del cuerpo:

- 1.º Dormir mucho, o por lo menos estar muchas horas —nueve o diez— en la cama.
- 2.º Después de cada comida, permanecer echada una hora, a ser posible, durmiendo.
- 3.º Baños calientes y prolongados.
- 4.º Andar poco; permanecer mucho tiempo al aire libre, pero sentada. Poco cansancio, ni físico, ni moral.
- 5.º Supresión total de toda clase de ácidos, ensaladas, frutas verdes, alcoholes.
- 6.º Beber mucha cerveza y tomar muchas uvas.
- 7.º El desayuno debe componerse de un tazón de chocolate, con pan del día y manteca.
- 8.º El régimen alimenticio debe ser a base de féculas —patatas, lentejas, garbanzos, judías blancas, etc., etc.—, salsas, purés, grasas y carne de cerdo. Durante las comidas se puede sustituir el agua por la leche y beber de ésta en abundancia.
- 9.º Comer a menudo y tomar entre comidas algunos vasos de extracto de ma'ta.
10. Y, sobre todo, evitar los disgustos, ser optimista y no dar paso en su alma a los sentimientos de rabia, odio, envidia, celos y demás pasiones, devoradoras de belleza... y de carne.

LA DEL COLLAR DE CEREZAS.—En proporción con su estatura, usted debe llegar a pesar unos cincuenta y dos kilos; para recobrar los kilos que le faltan, lea mi respuesta a «Musa de fuego» y siga el régimen que en ella prescribo. Esto influirá favorablemente —aun cuando no lo corrigiera por completo, cosa punto menos que imposible— sobre el defecto de que me hablaba en su carta anterior. Y, desde luego, tendrá una influencia notable sobre su belleza en general.

EULALIA.—Dése por la noche un poco de aceite de ricino o de vaselina esterilizada, lo mismo da; si nota que se le irritan un poco los párpados (esto ocurre a veces, aun cuando ambas cosas son inofensivas para la vista) póngase, por la mañana, unos fomentos de manzanilla lo más caliente que la pueda resistir y dese la vaselina o el aceite un

día sí y otro no, o dos o tres días seguidos, y uno no. Además, el cortar las puntas tres o cuatro veces al año estimula extraordinariamente el crecimiento; más aún, el quemarlas; pero esto último, ni se lo aconsejo, ni debe hacerlo de ningún modo; es demasiado peligroso; el cortarlas, en cambio, es facilísimo, siempre que se lo haga otra persona. Para blanquear el cuello, nada mejor que anudarse al acostarse un paño empapado en agua oxigenada; al cabo de pocas semanas notará usted una gran diferencia.

OJOS NEGROS.—(1) Me parece poco peso, pero depende también de la edad.
(2) Remedio seguro para evitarlas, no creo que exista; no obstante, puede tomar ciertas precauciones, como es el secarse siempre bien las manos después de lavárselas, no exponerlas nunca al calor, sobre todo en invierno, ni mojarlas alternativamente en agua caliente y agua fría, ni salir sin guantes. Además, dese al acostarse una composición de glicerina —la mitad del frasco—, limón, agua oxigenada y agua de rosas, por partes iguales, añadiendo luego unas gotas de tintura de benjuí, y duerma con guantes de piel viejos que le vengan algo anchos.

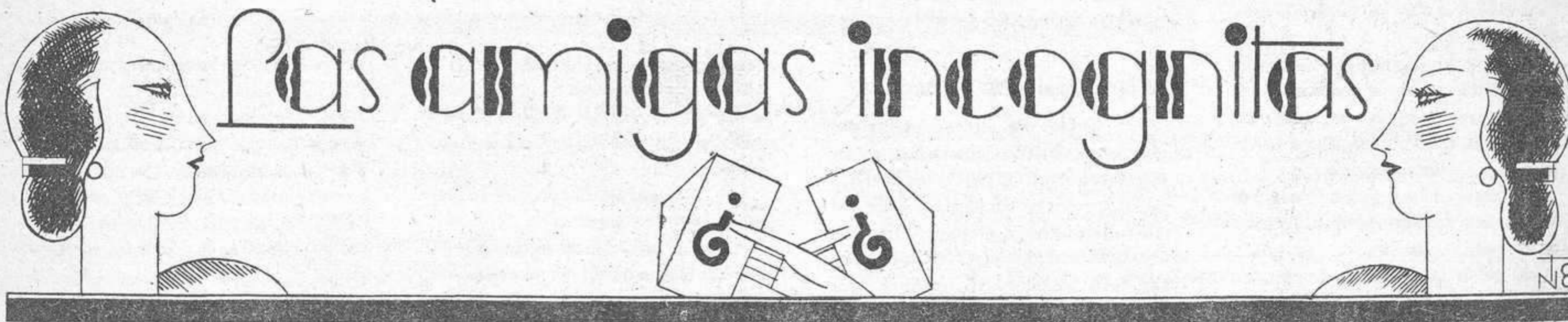
Para curarlas, si a pesar de todo se reproducen, nada mejor que el agua de apio. Se hierve el apio; cuando está hervido, se retira y se deja enfriar un poco, lo suficiente para que el calor del agua resulte soportable; entonces se sumergen los sañaones en este agua por espacio de diez minutos; luego se retiran las manos, se secan suavemente y se mantienen al amparo del aire, a una temperatura media. Esta operación debe repetirse un par de veces al día; puede servir la misma agua durante varios días; bastará con volver a calentarla cada vez.

(3) Lo único posible es el empleo de pinzas *ad hoc*, o de depilatorios; los hay bastante buenos. Pero si se quiere quitar de raíz y que no vuelva a crecer, no hay más remedio que acudir a la depilación eléctrica por un especialista.

UNA CURSI.—Como puede usted ver en la crónica de madame Martine Renier, en este mismo número de hoy, parece que resurgen. ¿Quién lo creyera?

M. R.—Sí, se lleva; pero generalmente con algún que otro adorno de color; el amarillo, en todos sus matices, le va muy bien.

PERLA GRIS.—Mucho aire libre y mucho ejercicio; no hay nada como el cansancio físico para dormir, pese a todas las preocupaciones. El único remedio interno verdaderamente inofensivo, y hasta beneficioso para la salud en general, es una taza de tila con una cucharada de azahar al acostarse.



En esta sección, las lectoras de **MUJER** corresponden entre sí; publicamos cuantas cartas se nos envían, firmadas con seudónimo, con iniciales o con el nombre.

Hemos recibido varias cartas de «lectores» solicitando ingresar en «la corporación de las amigas incógnitas». No tenemos ningún inconveniente en acceder a ello; por el contrario, tenemos la seguridad de que el elemento masculino ha de aportar a esta sección, que tal incremento va tomando —con gran alegría nuestra— una nota de diversidad sumamente beneficiosa.

Tanto más cuanto que la amistad entre personas de sexo diferente que no se conocen, es una de las más bellas y puras manifestaciones del espíritu y del corazón.

Desde ahora, pues, se publicarán indistintamente en esta sección cartas de lectoras a lectoras, y cartas de lectores dirigidas a lectoras, o viceversa; y esta sección se llamará en adelante, cual corresponde a su nueva finalidad,

«LAS AMIGAS Y LOS AMIGOS INCÓGNITOS»

OFELIA.—Estoy contenta, ¿por qué te lo voy a negar? Creí que mi voz caería en medio de la indiferencia, y veo que me escuchaste. Estoy contenta, contenta y agradecida. Pero quisiera saber algo más sobre ti; por eso te agradecería que me respondieses a estas preguntas: ¿Cuál es el color de tus ojos? ¿Cuáles tus aficiones? Dime: ¿qué novelista prefieres? ¿Qué poeta? ¿Qué músico? Si me respondieses a estas preguntas habría formado mentalmente una idea de tu espíritu. Del espíritu de mi buena, aunque desconocida, amiga Ofelia.

VIOLETA.—No estoy conforme contigo; el romántico es feliz, sí, cuando ha encontrado en su camino una sola persona que sepa comprenderle. Yo no quiero encontrar dentro de mi ambiente ideal; sólo quiero que mis impresiones no queden incomunicadas ante el temor de que parezcan ridículas. Feliz... feliz. ¿Sabes tú cuando seré yo feliz? Cuando la palanca del Mundo no sea el dinero, símbolo del utilitarismo. Dijo don Jacinto Benavente, me parece que al final del segundo acto de *La comida de las fieras*, unas palabras cuyo sentido viene a ser éste: «Dadme un hombre que necesite dinero; dadme el dinero que ese hombre necesita, y yo sabré hacer de ese hombre lo que me dé la gana.»

Mientras esas palabras encierran una verdad tan amarga, yo no podré ser completamente feliz. Es cuestión de temperamento.

Margarita.

ESPERANZA.—No pienses por ahora en que se hagan oposiciones a Correos. Hondas comociones en ese Cuerpo están aún muy recientes.

Para prepararte, no necesitas más que estudiar un programa. Nada de grados ni estudios superiores. Te basta con ser mayor de diez y ocho años. Esto es todo. Si me indicas tus señas, te mandaré un folleto explicativo. Tu buena amiga,

Cló.

ROSA MARÍA.—Si tu novio es apático, procura que deje de ser novio cuanto antes. Esta es la forma de castigarle. Si le dejas, porque le dejaste, y si te casas con él, ¡oh!, si te casas con él, ya va castigadito el pobre. ¿Tú no sabes que la mujer puede vengarse del hombre desde el momento que sale de la iglesia?

Marquesa Rosalinda.

SENSITIVA.—La boda de un hijo es algo íntimo y puramente familiar. A ella deben concurrir familiares y amigos que por la intimidad puedan considerarse como tales. Un saludo tibio, cruzado al azar, es bien poca cosa para calificar una amistad.

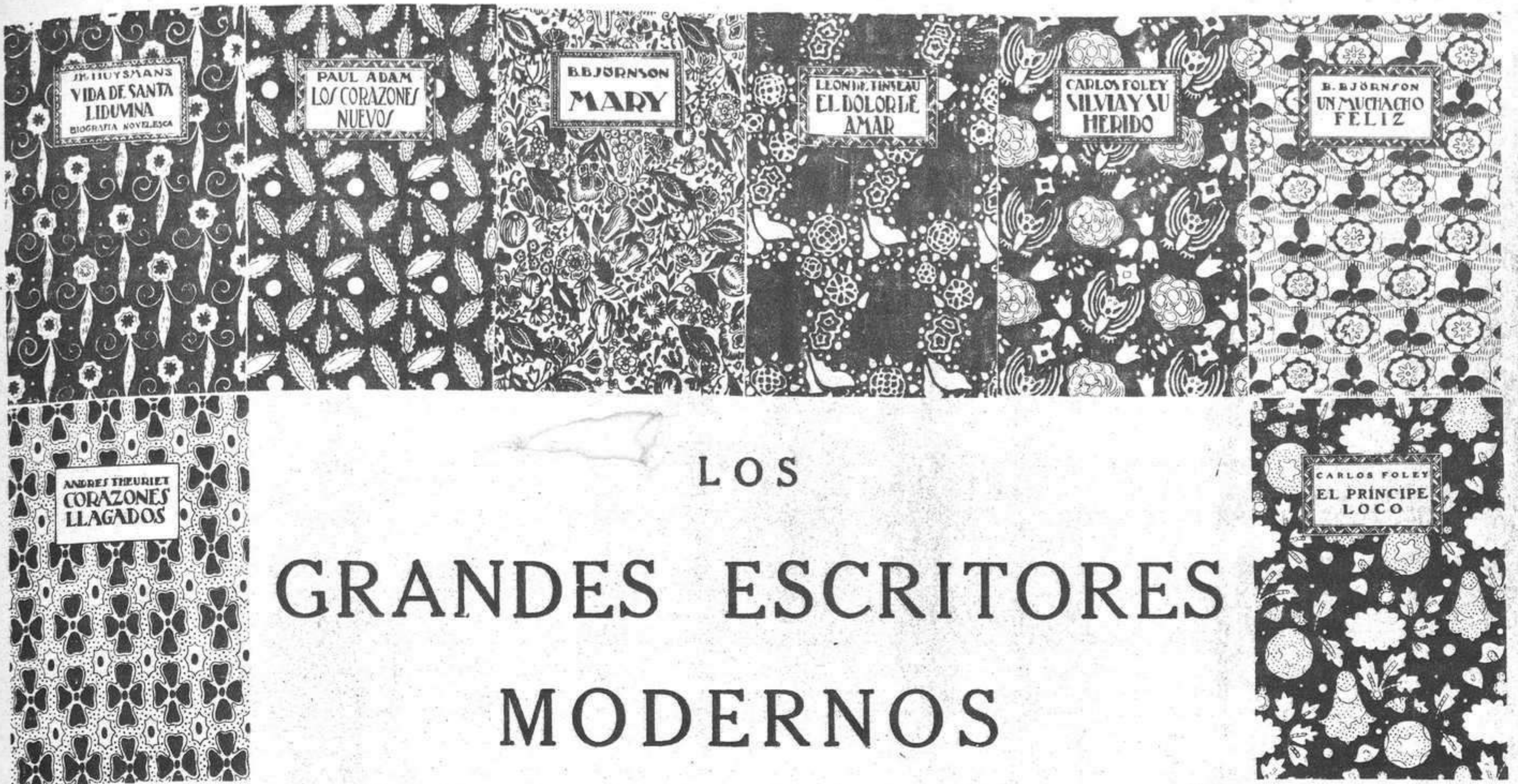
Doña Sol.

FLEUR DE REVE.—Mi desconocida amiguita: Entre las muchas que te contestarán, sin duda, estoy yo; primeramente, para felicitarte por la preciosa, espiritual y delicada leyenda que has hecho. ¡Si supieras el susto que me da dirigirme a quien tan bien escribe como tú! Yo también escribo algunas cositas; pero no me atrevo a revelarte el seudónimo con que firmo en **MUJER**. Si más adelante me lo pides, creo que por complacerte alzaré un poco el velo.

A tu pregunta, no puedo contestar, porque el inglés lo conozco muy poco; en cambio, en francés puedo decirte cuantas obras y autores me pidas, tales como M. Aigueparse, Ardel, J. de Coulomb, Dely, Guy Chantepleure, Maryan, Mari-Floran, etc., etc.

Ya te dejo, amiguita de la sombra; sólo te diré, por despedida, que si quieres mi sincera amistad te la daré gustosísima

Pimpinela.



LOS
GRANDES ESCRITORES
MODERNOS

LAS MEJORES NOVELAS DE LA LITERATURA CONTEMPORÁNEA

TRADUCCIONES IRREPROCHABLES POR CONOCIDOS ESCRITORES

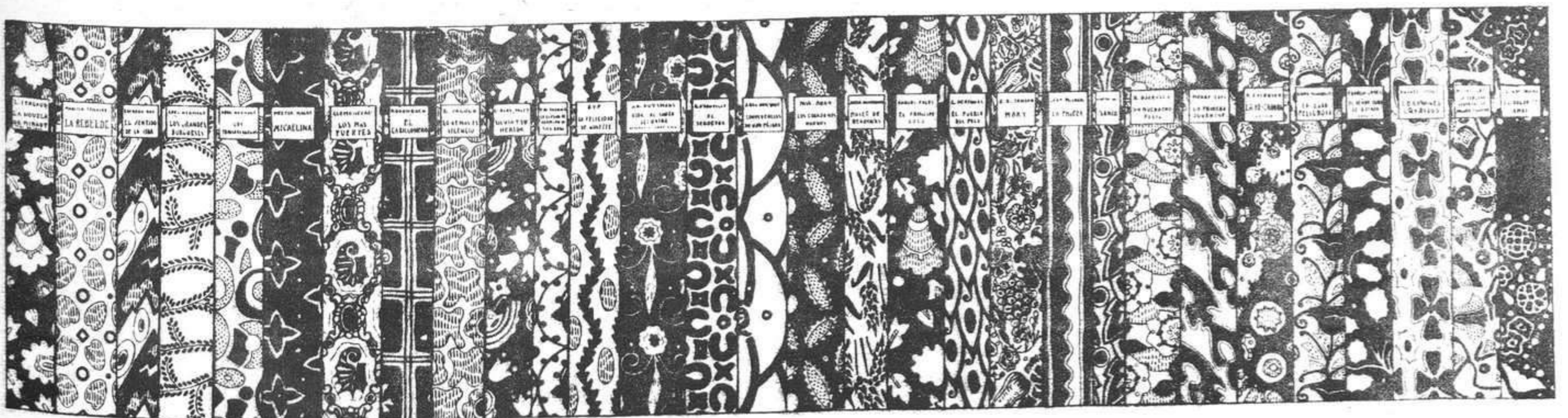
COLECCIÓN INDISPENSABLE PARA TODAS LAS PERSONAS DE BUEN GUSTO QUE DESEEN CONOCER LA MEJOR LITERATURA EUROPEA

Tomos de 300 a 400 páginas, en rústica.

TÍTULOS PUBLICADOS

	Pesetas.		Pesetas.
* 1. B. NjörnsON: <i>La pescadora</i>	4,50	* 15. CARLOS DERENNES: <i>El pueblo del polo</i>	4,50
* 2. J. K. HUYZMANS: <i>Vida de Santa Liduvina</i>	4,50	16. ABEL HERMANT: <i>Los grandes burgueses</i>	4,50
3. PAUL ADAM: <i>Los corazones nuevos</i>	4,50	17. ABEL HERMANT: <i>Los transatlánticos</i>	4,50
4. KARIN MICHAELIS: <i>La edad peligrosa</i>	4,50	18. MARCELA TINAYRE: <i>La rebelde</i> ..	4,50
* 5. FRANCIS JAMMES: <i>El señor cura de Oxeron</i>	4,50	19. GYP: <i>La felicidad de Ginette</i>	4,50
* 6. JORGE RODENBACH: <i>Museo de Bequinas</i>	4,50	20. JORGE RODENBACH: <i>El carillero</i>	4,50
7. EDUARDO ROD: <i>El sentido de la vida</i>	4,50	21. B. BjörnsON: <i>Un muchacho feliz</i> .	4,50
8. B. BjörnsON: <i>Mary</i>	4,50	22. LUIS PERGAUD: <i>La novela de «Miraut», perro de caza</i>	4,50
9. LEON DE TINSEAU: <i>El dolor de amar</i>	4,50	23. A. TEURIET: <i>Corazones llagados</i> .	4,50
* 10. HECTOR MALOT: <i>Micaelina</i>	4,50	24. PIERRE LOTI: <i>La primera juventud</i> .	4,50
11. CLEMENCEAU: <i>Los más fuertes</i> ...	4,50	25. ENRIQUE DE REGNIER: <i>La ilusión de heroísmo de Tito Bassi</i>	4,50
12. PIERRE LOTI: <i>La tercera juventud de Madama Endrina</i>	4,50	26. ABEL HERMANT: <i>Confidencias de una pájara</i>	4,50
* 13. CARLOS FOLEY: <i>Silvia y su herido</i>	4,50	27. G. H'HOVILLE: <i>El seductor</i>	4,50
14. ARTSEBECHEF: <i>Sanin</i>	4,50	28. E. JALOUX: <i>Lo demás es silencio</i> ..	4,50
		29. JUAN PSICHARI: <i>La prueba</i>	4,50
		30. CARLOS FOLEY: <i>El príncipe loco</i> .	4,50

(Se marcan con asterisco los libros que pueden dejarse en todas las manos.)



DE VENTA EN TODAS LAS LIBRERÍAS
EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA», S. A., APARTADO 447.—MADRID

BIBLIOTECA A U R E A

COLECCIÓN LITERARIA DE LA FAMILIA
LA MÁS SELECTA :: LA MÁS LUJOSA :: LA MÁS BARATA



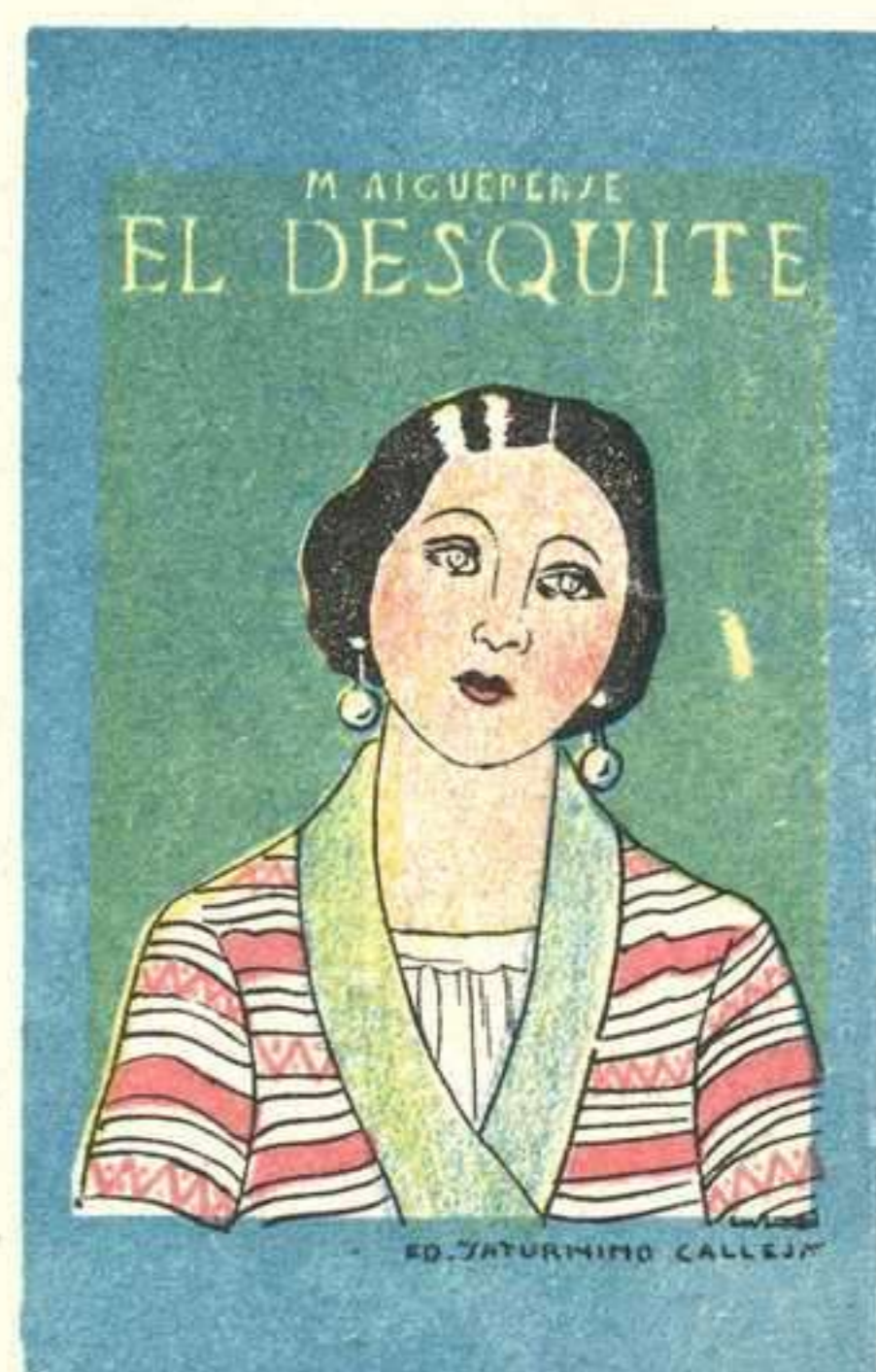
TOMOS DE 400 Ó MÁS PÁGINAS, CON DOBLE
CUBIERTA Y UN DIBUJO A TODO COLOR
DE LOS MEJORES DIBUJANTES

TÍTULOS PUBLICADOS

M. Maryan. *Caminos de amor.*
— *Amor atormentado.*
— *Orgullo de casta.*

M. Thiery. *La flor venenosa.*
J. de Coulomb. *La cruz luminosa.*
M. Aigueperse. *El desquite.*

CADA TOMO
3,50 pesetas.



EN P R E N S A
NUEVA EDICIÓN DE

J. de Coulomb. *Feminismo.*
E. Marlitt. *La segunda mujer.*
M. Aigueperse. *Las fases de una vida.*
M. Maryan. *La novela de una heredera.*

V. Monnot. *Rafaela de Merans.*
— *El diario de Margarita.*
— *Margarita a los veinte años.*

EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S. A., Apartado 447.—MADRID